



Rie
payaso
riel

STUDIO
BOSTON



¡RÍE, PAYASO, RÍE!...

REVISADO POR LA CENSURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

¡Ríe, payaso, ríe!...

Dramático asunto, arrancado de la realidad

Producción NON-PLUS-ULTRA
METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuida por
METRO-GOLDWYN-MAYER IBÉRICA, S. A.
Calle de Mallorca, núm. 230
BARCELONA

Argumento narrado por Andrés Báyón

REPARTO

<i>Tito</i>	LON CHANEY
<i>Simón</i>	Bernard Siegel
<i>Simonetta</i>	Loretta Young
<i>Ciacinta</i>	Cissy Fitz-Gerald
<i>Lulgi</i>	Nils Asther
<i>Lucrecia</i>	Gwen Lee

¡RÍE, PAYASO, RÍE!...

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Los campos italianos florecían bajo el beso de la primavera. Por los caminos polvorientos aparecían las primeras carrozas de los saltimbanquis, dejando a su paso las notas rítmicas del bombo y del acordeón y las canciones de la vida bohemia.

Se asomaban las gentes a la carretera para ver a los alegres artistas que pondrían ante sus ojos el encanto de lo maravilloso y nuevo.

Todos los años por aquella época los carros trashumantes invadían el país. Los campesinos no perdían la ocasión de ver actuar

a los cómicos que provocaban con sus ejercicios arriesgados la admiración de los humildes.

Tito y Simón, dos payasos, recorrían con su carromato la tierra italiana que les vio nacer.

Iban de pueblo en pueblo repartiendo a su paso prospectos y anuncios para la función que celebraban por la noche. Y cuando habían conseguido atraer ya la atención de todo el público, montaban un pequeño escenario y vestidos con los chillones colores del traje de clown, comenzaban su sesión de risa, de viejos chistes, de inocentes cuentos, de golpes y porrazos que

provocaban la carcajada lo mismo en los mayores que en los chiquillos.

Los espectadores, olvidando por un momento su peculiar avaricia se desprendían de algún dinero para los dos payasos y éstos proseguían su existencia nómada, como estrellas errantes, como viento que cruza los mundos.

Simón y Tito frisaban entre los treinta y los cuarenta años. Desde pequeños fueron dedicados a aquel arte, conociendo la amargura de las noches de mal tiempo en pleno camino y sin amparo.

Ya de niños habían formado parte de la misma "troupe". Simón era hijo de unos equilibristas que trabajaban en la caravana del señor Luzatti. Tito no había conocido apenas a sus padres. Su madre había muerto al darle a luz y su padre se estrelló una noche desde lo alto de un cúpula al poner el pie en falso en la maroma.

Tito era entonces un chiquillo de poco más de tres años. Unos compañeros del muerto se compadecieron de él y le adoptaron en el circo. Pronto supo lo que era ga-

narse el sustentó por el propio esfuerzo y su cuerpo infantil conoció las ropas anchas y grotescas del clown y tuvo que aprender a hacer piruetas y a saltar como un mono.

Una gran amistad nació entre Tito y Simón, amistad que fue creciendo, como esos árboles que entretajan sus ramas y parecen ya formar una sola y robusta copa.

La compañía de la farándula se fue disgregando lentamente con la facilidad con que se rompen los vínculos humanos, y un día uno y otro día otro, habían ido abandonando el circo varios artistas, disolviendo la primera unión.

Fueron pasando años y recorrieron varias veces la península desde las suavidades de la Lombardía al ardor de las tierras napolitanas.

Los dos artistas acabaron por estar solos con un solo carro, y así siguieron en lo sucesivo.

Se confesaban que nunca se habían hallado tan bien como entonces. No querían unirse con nadie más. Formaban una familia que no deseaban aumentar con problemáticas felicidades.

Los niños se habían transfor-

mado en jóvenes; y sin ninguna emoción pasó su primera juventud y se fueron acercando a la plenitud de la existencia.

Algunas veces sus corazones habían experimentado una ligera emoción al ver por las aldeas que cruzaban, hermosas muchachas de piel tostada por el sol que les sonreían con sus bocas de fruta. La idea de la mujer flotaba un momento en sus almas para rechazarla rápidamente como a su peor enemigo.

La vida errante, de andariegos sin fatiga, les impedía pensar en el amor. Veían siempre rostros y siluetas nuevas, y apenas les había turbado la luz de unos ojos azules, desaparecían para ver en otro pueblo lejano una mirada de resplandor dorado o la de unos ojos negros e intensos como la noche.

Su ideal era vivir, trabajar siempre con la sonrisa en los labios, haciendo honor al lema que llevaban grabado en la tela de su borbido: Ríe, payaso, ríe...

¡Y vaya si lo conseguían! Su vena cómica seguía siendo inagota-

ble. De su espíritu brotaba un eterno manantial de alegría. Y contagiaban a todos, dejando a los campesinos un inmenso goce de sonreír también.

Una noche, Tito y Simón habían dado una función en uno de los pueblos de la fértil región toscana. El éxito había sido completo. Con la mímica, con la expresión, con la palabra, los dos payasos hicieron soltar la franca carcajada a los campesinos, ceñudos y serios por naturaleza.

Salieron de la aldea y a algunos kilómetros de allí se quedaron para reanudar al día siguiente su marcha hacia caminitos de Dios...

Tras un intenso descanso, despertaron a primera hora matinal cuando los dulces rayos del sol parecían ir encendiendo todas a la vez las rientes flores de la primavera.

Cerca estaba el río, el Arno histórico que cruza los más nobles rincones de Italia.

Tito acercóse a sus márgenes y llenó de agua un pequeño cubo. Quería sentir la caricia fresca so-

bree la piel de su rostro endurecida por el colorette.

De pronto percibió un gemido humano, como un tierno llanto infantil que demandara auxilio.

Prestó mejor atención, creyendo haberse confundido. Pero el tierno sollozo volvió a repetirse, esta vez con mayor intensidad como si ya lindara en la desesperación.

Tito comenzó a buscar por la ribera, entre los arbustos que allí crecían hasta encontrar a una niña de corta edad que sollozaba tíernamente, casi junto al agua.

La nena estaba caída entre zarzales y sus piernas aparecían arañadas por el espino.

La soledad era absoluta. Indudablemente se trataba de un abandono.

—¡Pobre pequeñita!—exclamó el payaso con ternura.

La sacó cuidadosamente de las ramas que rasgaban sus piernas y apretándola contra su regazo la condujo hasta el carro donde se hallaba su compañero Simón.

Seguía llorando la chiquilla como si le diera miedo aquella cara

ruda y desconocida que procuraba hacerla sonreír.

—¿Qué traes aquí?—dijo Simón, arrugando el entrecejo.

—Una niña... Alguna familia la abandonó seguramente... al umpero del cielo... No hay signo de vida alguna por este lugar.

—¡Lleva a esa criatura al hospicio!...

—¡No... no!... Sería cruel... Si te parece, la adoptaremos.

—¡Qué locura! ¡Las mujeres traen consigo la desgracia!

—No, Simón. No podemos abandonar a esta criatura que el cielo nos ha enviado.

—¡Allá tú!...

Tito se apartó unos pasos y dejando a la niña en el suelo comenzó a hacer guiños y muecas para que cesara en el llanto.

—¡Cu-cu, Cu-cu!—gritaba.

Pero la pequeñuela seguía en su dolor sin consuelo, y Tito comenzaba a dudar de sus méritos para causar la risa... ¿Dónde estaba el éxito, señor payaso?

El que había hecho reír a tanta gente, ¿no conseguiría lo mismo con una pequeña espectadora?

Se colocó ante el hombro y aprovechándose de la luz del sol, proyectó con sus manos varias sombras cómicas, grotescas siluetas que imitaban animales y objetos.

La niña fue aclarando su rostro y acabó por reírse con la facilidad con que pasan las criaturas de la risa al llanto.

—¡Muy bien... muy bien... niña!... Ahora te daré una muñeca.

Buscó una figura de cartón que tenía en el carro y se la entregó.

En los ojos de la niña resplandecía ya la más intensa alegría y Tito se sentía orgulloso de haber obtenido esta transformación.

Cogió a la niña y la llevó de nuevo ante Simón que, muy malhumorado, estaba encendiendo lumbre.

—¡Simón!... La niña ya no llora... Simón, ¿no das un beso a Simonetta?

Y acercaba el rostro de la niña al del compañero.

—¿Simonetta?—dijo éste con alegre extrañeza—. ¿Le has puesto mi nombre?

—Ya ves que sí... He supuesto que de esta manera no rechazarias a nuestra hija.

—Tito... ¡qué bueno eres! Sí, querré mucho a Simonetta, mucho...

Y besó la fresca carita de flor y casi tuvo que enjugarse una lágrima que quería escapar de su rostro.

—Ya hemos aumentado la familia, Tito... Ahora habrá que trabajar más.

—¿Y eso qué importa? ¿No somos dos hombres fuertes? ¿Pues a trabajar!

Y las mejillas de Simonetta fueron besadas otra vez por los dos payasos...

* * *

Y con el tiempo, Simonetta se convirtió en una muchacha encantadora y su juventud puso en el corazón de los viejos bohemios una sonrisa de nueva primavera.

Los dos payasos habían ido prosperando en su carrera artística. Tenían ahora un circo de regulares dimensiones, con su toldo, sus bancos, su material...

La vida iba premiando lentamente sus esfuerzos y ya no se acordaban de los años pasados con tribulación y escasez. La energía anterior permitía ahora una recolección admirable.

Simonetta, la hija adoptiva, de delicadas facciones y de suave piel de flor, era el más bello objeto del alma de los dos artistas.

Ella estaba en el circo, pero no

trabajaba. Nunca tolerarían aquellos payasos que la encantadora muñeca fuese artista como ellos. Estaba destinada al descanso, a no hacer nunca nada, a recoger lo que los demás ganasen en provecho común.

Pero un día, Tito descubrió a Simonetta realizando ejercicios en la maroma. De pie sobre el tenso cable, llevando en la mano una sombrilla para sostener el equilibrio, la grácil criatura avanzaba con firme seguridad y dominio.

Después de moverse graciosamente en el alambre, descendió de él y comunicó a Tito que deseaba presentarse ante el público.

—Quiero actuar con vosotros... ser un número más... recibir aplausos...

Tito quiso quitarle de la cabeza la iniciativa, aunque en el fondo de su alma se sintiera complacido de que aquella criatura adoptara tal profesión.

Por la noche comunicó a su amigo Simón los propósitos de la chiquilla.

—Se ha empeñado en ser artista... Simonetta quiere trabajar con nosotros...

—Hay que quitárselo de la cabeza. Somos bastante tú y yo... Nunca me han gustado mujeres en el circo.

—Pero si ella quiere...

—¡Digo que no!

Y Simón puso una expresión sombría... Bien estaban las mujeres en casa y él quería mucho a Simonetta, mucho... pero en el trabajo se hallaba seguro de que sería un estorbo.

Tito no pensaba así, mas no quiso insistir.

Al otro día Simonetta volvió en su pretensión. ¿Cuándo le dejaría Tito presentarse y pasar por la maroma y bailar y actuar en escena? Iba a animar el espectáculo... Sentía en su alma la llama encen-

dida del arte que crea la inspiración y el sentimiento.

Tito se enternecía oyéndola hablar.

—Simón se opone... Ya veremos de convencerle... Entretanto, tengamos un poco de paciencia...

—Quiero actuar muy pronto.

—No te desanimes... Pero... debes comenzar por... arreglarte un poco estos cabellos... Deberías cambiarte el peinado... ser menos niña.

—Sí, Tito, sí... Ahora mismo.

Tito acarició los largos cabellos que la joven llevaba extendidos sobre la espalda.

Corrió la muchachita hacia su tocador y ordenó a Ciacinta, una doncella del circo, que le arreglara el cabello, poniéndole tirabuzones.

Ciacinta comenzó a peinarla y Tito quiso ayudarla en su misión, pero los hombres son torpes para esas cuestiones delicadas y tuvo que volver a ceder su puesto a la doncella que sabía hacer bien las cosas.

¡Cuánto quería él a Simonetta! La amaba como a su hija, como a una hermanita y por ella hubiera

dado gozosamente su existencia.

—¡Anda, Tito, márchate!... Ya me verás luego. Quiero darte una sorpresa.

Desapareció el payaso y fué a hablar con Simón acerca de la hija. La muchacha iba creciendo y era cosa de dedicarla a alguna labor artística.

—Nosotros nos podemos morir, Simón... y ella quedaría tan desamparada como cuando la encontramos... Es preciso que se cree un porvenir y eso sólo puede hacerlo ante el público.

—¡No... te he dicho que no!...

No quiero mujeres trabajando, ¡diablo!

—Eres terco. Cualquiera diría que odias a Simonetta.

—No vuelvas a decir nunca más eso. ¡Si amo a Simonetta con toda mi alma!... Es... qué sé yo... una superstición, pero si trabajo con mujeres me parece que me ha de venir alguna desgracia.

—Estás completamente loco, Simón...

Y enfurecido contra su amigo, se apartó de él para volver a la pista y dar las órdenes pertinentes sobre la función nocturna.

* * *

Ciacinta había peinado maravillosamente a la joven. Ésta, mirándose al espejo, se contempló con inmensa alegría.

Con perdonable vanidad se encontró hermosa... tan hermosa como las artistas cuyo retrato publicaban los periódicos.

La peinadora se hallaba también complacida de su propia obra y le dijo con admiración:

—Ahora necesitas una rosa para el cabello. Eso hará realzar tu belleza.

—Voy a buscarla.

Y la bella criatura envolviéndose en finísimo mantón salió del circo para ir a buscar una de aquellas flores que surgían pomposas entre las verjas de las casas vecinas.

Cerca del circo estaban los jar-

dines del joven conde Luigi Ravello... donde abundaban las rosas.

Simonetta distinguió los maravillosos rosales que extendían su gama de colores por aquel jardín, y quiso saltar la cerca. Pero quedó enganchada en las púas y sus piernas sufrieron el arañado de los punzantes alambres. Cabalgando sobre aquella cerca no pudo moverse, pues su vestido había quedado desgarrado y sujeto a la crizada verja.

La joven no osó moverse de allí, temiendo que si lo hacía iba a complicar su situación. Mas ¿cómo salir de aquel atolladero?

El conde Luigi, que paseaba por el jardín, descubrió a la linda criatura y cogiéndola con la suavidad de una pluma, la puso en salvo.

—Esa alambrada no se hizo para tu lindo cuerpo—le dijo, sonriente.

Y miró una de sus piernas que aparecía con la media rota y manchada de sangre.

Simonetta bajó los ojos y contestó:

—Quería una rosa para mi cabello. Por eso me atreví a saltar.

—Toma una...

Y cortó de un rosal una flor encendida, sangrienta, y después de aspirarla con hondo deleite la puso en manos de la joven. Ella, sonriente, se la prendió al cabello.

—¡Muchas gracias... y perdón!

—No quiero que te marches de ese modo. Llevas la pierna ensangrentada. Ven, permíteme que la cure.

Ella, aturdida y contemplando con cierta inquietud al joven, le siguió lentamente.

Llegaron a una terraza circular donde varias damas y caballeros tomaban el té.

Todas las miradas coincidieron en la bella e inesperada aparición

y el conde aclaró con su sonrisa de hambre mundano:

—Amigos míos, una nueva rosa que he encontrado en mi jardín...

Sonrieron maliciosos los invitados, y Simonetta sintió avergonzada que muchas miradas se posaban audaces sobre ella.

Cuando los dos desaparecieron por el gran *hall* de la quinta, una de las damitas se levantó y comenzó a morder un cigarrillo con verdadera ira.

—¡He ahí a una rival peligrosa. Lucrecia—dijo un caballero.

—¿Rival... y peligrosa? ¡Qué tontería!

Pero Lucrecia, que era una hermosa rubia de bellas facciones, avanzó, por si acaso, hacia el interior del palacio.

El conde Luigi había conducido a Simonetta hacia su habitación.

La dulce hija del circo comenzaba a sentirse nerviosa y murmuró:

—He de marcharme... Es muy tarde ya...

—Te curaré la pierna... y podrás salir.

Y Luigi con gran delicadeza le

quitó la media, lavándole el pequeño rasguño que en ella tenía.

Simonetta contempló al joven que se había convertido en improvisado enfermero.

Era elegante, de porte correcto, de maneras aristocráticas, delicadas... Apartó rápidamente la vista de él al ver que la contemplaba con ojos encendidos y apasionados.

—¡Eres una encantadora hija de la naturaleza!—le dijo Luigi—. Debes ser campesina, ¿verdad?

—Soy artista...

—Podrías ser una mujer fascinadora. ¿Cómo te llamas?

—Simonetta.

—Eres deliciosa...

Y audaz depositó un beso en la pierna contusionada... Simonetta, un poco acobardada, la retiró.

Abrióse con fuerza la puerta y apareció Lucrecia en el umbral, moviendo de un lado a otro de sus labios el pequeño cigarrillo.

—¡Luigi!—gritó con voz alterada.

El joven conde sonrió... Lucrecia era su "flirt", uno de tan-

tos como tenía el joven millonario... Pero no queriendo provocar un escándalo avanzó hacia ella con simpática sonrisa.

—¿Qué pasa, Lucrecia?

—Haz salir a esa campesina.

—¡No quiero!

—Si no lo echas, lo haré yo...

El conde estaba de espaldas a Simonetta, y ésta, asustada por el tono airado de aquella conversación, calzóse rápidamente la media, y viendo una ventana abierta, saltó por ella.

Encontróse en el jardín y corriendo hacia una de las salidas pronto se encontró en pleno campo y volvió al circo.

¡Cuán alegre se sintió al verse de nuevo libre!... Le daba temor la expresión de aquella mujer contemplándola con ojos de odio.

Luigi no se había dado cuenta de la huida de Simonetta. En cambio, Lucrecia la vió saltar por la ventana y una sonrisa de satisfacción iluminó sus facciones.

Contempló despectivamente al conde y salió de la habitación.

—¡Que te lleve el diablo!—rugió Luigi.

Y al volverse, descubrió con melancolía que Simonetta había desaparecido.

Asomóse a la ventana, pero la artista había corrido mucho y ya se encontraba lejos.

Malhumorado, se apoyó en el alféizar y pensó en la delicada rosa que acababa de escapar dejándole en el alma el perfume de todo lo efímero, de todo lo breve, de todo lo que huye...

Simonetta corrió hacia el circo.

Entretanto habían estado disputando Tito y Simón. Este último con el ajuar sobre el hombro había dicho a su camarada:

—¡Si Simonetta trabaja con nosotros... me voy!—dijo—. ¡Las mujeres traen mala suerte!

—¡Eres un viejo loco!... Simonetta será artista aunque te pese.

—Pues quédate solo, arréglate como quieras. Yo me voy... Quería que Simonetta viviera con nosotros... pero sin actuar ante el público... Haz lo que te parezca... ¡Adiós!

Y emprendió lenta marcha camino adelante...

La superstición mandaba con

fuerza en el corazón de aquel hombre. Le tenía miedo al maleficio de la mujer.

Tito quedó ensimismado, sufriendo un verdadero dolor por aquella determinación del viejo compañero.

¡Cuán necio era Simón!

De pronto escuchó a su alrededor el desgranar de una risa, la dulzura de una voz muy conocida y muy amada.

Alzó los ojos y vió ante él a Simonetta.

—¡Tito!—dijo ella, alegremente, lanzándose a sus brazos.

—Pero, Simonetta... estás preciosa... desconocida...

Acarició la rosa de su pelo y admiró el mantón con que envolvía su figura de tanagra.

El cabello peinado ya como una mujer daba a sus facciones una majestad dulce.

—Tito... ¿me encuentras más bonita ahora?

—¡Ya lo creo!—balbució—. Tú ya no eres una niña, hija mía...

—¡Ya no lo soy!

El viejo payaso cuya cabeza comenzaba a blanquear, estrechó de

nuevo contra su pecho a aquella criatura a la que había amado como a una hija, y, al sentir en sus manos el contacto del hombro desnudo de Simonetta, la apartó bruscamente como si le quemase su contacto.

—¡Eres... una... una mujer!— dijo con inmensa turbación a tiempo que la envolvía en una mirada profunda como si por primera vez viera a aquella criatura.

Y de repente cubrió su rostro con las manos y sollozó, estremecido por una sacudida interna.

¡Qué abismo acababa de descubrir en su corazón! ¡Qué voz tan criminal, tan torturadora y dulce al propio tiempo, había oído en el fondo de su alma como el despertar de una nueva naturaleza!

—Pero, ¿qué tienes?—le preguntó ella, sorprendida.

—¡Oh, nada!... Es que... Simón se va... está ya lejos... No quiere vivir aquí. ¡Llámalo, Simonetta!... Dile que tú no quieres que se vaya... ¡Sin él nada podremos hacer nosotros!

—¿Por qué se va, por qué?

Y la hermosa chiquilla corrió

por el camino en busca de Simón... No lo halló... El hombre que le tenía miedo a la mujer, estaba ya lejos, muy lejos, llevando por única compañera la soledad...

Tito se dejó caer horrorizado en un banco... Se pegaba fuertes golpes a su frente cual si quisiera apartar de sí aquella idea sinistra que acababa de surgir con llamada voraz.

¡Ay, tal vez tuviese razón su camarada! ¡Había que huir de la mujer! Porque Simonetta había sido hasta entonces una niña, como a tal la había considerado Tito que la quería con delicadeza paternal, con el puro y sosegado amor del corazón.

Pero... de repente... aquella criatura se peinaba y se vestía como una mujer y desaparecía ante Tito su espíritu, su alma, su gracia interior para dejar paso a las esplendideces de su cuerpo, a la idolatría pagana de su belleza...

—¡Oh... Dios! ¡Oh... Dios!—clamaba Tito—. ¡No puede ser, no debe ser!... Yo no puedo amar a Simonetta más que como a una

hija... como a una niña... No pensar en ella de otro modo...

Retorcía las manos como si quisiera triturar aquella idea malvada que allá dentro de su cuerpo adquiría a cada momento mayor plenitud.

Pareció calmarse... y se echó a reír.

¿Qué gran locura la de aquel pensamiento!...

El no debía amar a Simonetta de otro modo que con sentimiento paternal, pues sólo era el amor de hija lo que la joven sentía hacia él...

Pensar en otra cosa... en aquel otro amor que el payaso no había conocido nunca, soñar en hacerla su mujer... era una infamia... un absurdo en el que no era posible fijarse sin sentirse sacudido por el espanto.

Además, él era ya un viejo... iba para el medio siglo... y estaba más envejecido todavía por su existencia ruda de trahumante...

¿Podría unir su vida que marchaba al ocaso ya de su existencia, con la fuerza de aurora de aquella criatura que sonreía a la juventud con gracias de novicia?...

Movió la cabeza con feroz energía.

¡Nunca... nunca!...

A no pensar más en tal desatino, porque aquello parecía un pecado, algo criminal e insensato...

Simonetta seguiría siendo para él una hija... todo espíritu, ignorante de su belleza de mujer, como si el cuerpo no existiera.

Iba a sufrir mucho porque veía su alma encendida en un solo momento por el terrible combustible del amor, del que estaba sembrando todas las gotas de su sangre.

No había amado nunca... y de golpe... allá, estaba, en su alma, el amor, el terrible, el que muere y quita el sueño.

Desesperado, alzó los ojos a Dios como si le pidiese luz para el porvenir...

* * *

Y pasaron tres años... Tres años de ruda lucha, de terrible tensión en el alma, tres años de guardar el gran secreto.

Simonetta actuaba ya con gran éxito en los circos y en el teatro. Lo mismo pasaba la matoma que bailaba la más hermosa y aflagrada de las danzas.

El triunfo les había sonreído a los dos... y Tito, habiendo perfeccionado su trabajo, era considerado el payaso de moda. Había adoptado el nombre de Flik y todo el país conocía la gracia de sus actuaciones.

Tito estaba cada vez más alegre, más bullicioso, más jovial en escena. Parecía como si la alegría fuese una capa de acero con la que procuraba ocultar cada vez más su hondo desquiciamiento interior.

¡Sufría tanto! Y sufría para él solo, allá en el fondo de su cuarto, en la cama, cuando sabía que nadie había de escuchar los desesperados sollozos de aquel hombre sin consuelo.

Había procurado en vano arrancarse del alma aquella flecha envenenada que sin cesar iba agujereándole la carne. ¡No podía! Había que arrancarle el corazón para ello...

El amor por Simonetta era cada vez más fuerte, más intenso... Y crecía al propio tiempo su dolor al convencerse de que aquello era un mal irremediable.

No confesaría jamás a Simonetta sus inquietudes. Ella sólo veía en Tito al padre adoptivo, al buen consejero, al camarada que protege y ayuda... Ni por asomo

la posibilidad del otro amor había cruzado por su imaginación. De esto estaba Tito bien seguro.

Para evitar la menor sospecha, se esforzaba en mostrarse cada día más alegre, en derramar mayor caudal de carcajadas, de risotadas... que parecían decir en su sonido incomprensible toda la pena de su corazón.

Y Simonetta, viendo a Tito sonriente, le creía el hombre más feliz del mundo.

Pero el constante disimulo de sus sentimientos había hecho enfermar los nervios del payaso.

A veces se sentía agotado y al levantarse notaba ya mayor sensación de fatiga que el día anterior como si no hubiera descansado ni un momento.

Simonetta acabó por enterarse de que Tito no se encontraba bien, aunque sin adivinar la causa de esa tristeza...

Y algunos días acompañó a su padre adoptivo a casa de Nittin, un famoso doctor romano, especialista en la psicopatía...

Su enfermedad era moral y el remedio era difícil que se expendiese en clínicas y boticas.

—¡No tengo más que un leve cansancio!—decía el payaso sonriendo a Simonetta.

—Debes curarte cuanto antes...

Y acariciaba y besaba su mano... y Tito sentía en ella como si le aplicasen un cauterio...

Y cerraba los dientes y los volvía a abrir para decir con dificultad:

—¡Hija... hijita!...

Pero su alma pugnaba por alzar una voz, un grito inmortal que le ahogaba de vergüenza:

—¡Oh, mujer!...

¡Cuánto sufría! A veces recordaba las palabras de su antiguo camarada Simón de que no quería trabajar con ninguna hembra asegurando que éstas traían mala suerte.

El no sabía si esto era verdad. Pero iba sufriendo cada vez más, con el tormento de tener que acallar el amor y no poder proclamarlo...

* * *

El conde Luigi Ravelli había reñido definitivamente con Lucrecia. Viviendo en el ambiente de su riqueza, sin preocupaciones de ningún género, joven y millonario, pronto el tedio, el "spleen" le atormentaron, haciéndole la existencia insufrible.

Alguna vez se había acordado de aquella Simonetta que entró un momento en su casa, dejando en su alma cierto frescor de aire nuevo... ¿Dónde estaría? ¿En qué parte de la tierra se habría ocultado?

Llevaba a todas partes su cansancio. Había visitado París y otras ciudades del extranjero, atormentado por el mal incurable de la nostalgia, y las aventuras

que intentó no le dieron la apetecida paz.

Aburrido habíase instalado en Roma y puesto en manos de Nitin, el eminente doctor.

Con los nervios destrozados, se quejaba de sufrir raras ataques de risa que de pronto casi sin ton ni son le acometían, haciendo creer a las gentes que estaba loco.

La debilidad de todo su sistema psíquico le producía esos fenómenos comprometedores.

Una tarde volvió a ver al doctor, quien después de efectuarle una auscultación y un examen decisivo, le dijo:

—Mi querido conde, sus ataques de risa son debidos a la buena vida que usted se ha dado.

—¡Es posible...!

—¡Sí! Es lo que pasa a muchos de ustedes... El amor, la diversión, el placer, acaban por hacerles daño... Sus complicadas emociones le han dominado demasiado tiempo y ahora no puede usted gobernar sus fatigados nervios.

—¿Y qué voy a hacer?

—Creo que la mejor terapéutica sería el amor. Pero un amor sincero, impregnado de espiritualidad y de desinterés.

Entró un criado, quien anunció:

—Señor doctor, el señor Tito Beppi acaba de llegar.

—Voy en seguida.

Pero Tito era hombre que no gustaba de esperar y ya había entrado en la estancia detrás del criado.

Sonrió el doctor, levemente contrariado, ¡Aquellos enfermos que no podían tolerar la menor espera, la más leve dilación!

—¿Me quiere usted hacer el favor?—dijo, condescendiente al conde—. Vaya usted al balcón mientras hablo un momento con el señor.

El conde al ver a Tito se echó

a reír a carcajadas con una risa insultante, agresiva, que hacía daño, una risa que estremecía todo su cuerpo como bajo el efecto de una convulsión.

Era el ataque que se desencadenaba furioso, sin medida, como una avalancha torrencial.

Tito le contempló con extrañeza no sabiendo qué hacer ante aquella intempestiva risa que parecía una burla a su pena.

¡Jovenzuelo insolente!

Pero el doctor cogió del brazo a Luigi y le obligó a salir al balcón.

—¡Aguarde un momento aquí! Luego acudió al lado de Tito.

—Ese joven está algo enfermo. No le haga caso... Pero hablemos de usted. ¿Cómo va eso?

—¡Mal... muy mal!... A veces parece que me asfixie... Tengo una tristeza incurable.

—¡No tanto!... ¡Hay que animarse. Usted es joven y no tiene derecho a ser pesimista!

Ignoraba el doctor que su cliente fuera el célebre payaso que Roma aclamaba bajo el nombre de "Flik".

De auscultó, le hizo un reconocimiento general y movió luego la cabeza en señal de duda.

—No hay ninguna lesión... Y usted asegura que se encuentra siempre mal, ¿no es verdad?

—Casi siempre.

—Señor Beppi, como ya le dije, es muy difícil ayudarle si usted no me da más detalles de su vida.

—¿Y qué quiere usted que le diga?

—Si ha sufrido usted alguna emoción... alguna contrariedad.

—¡No!...

Su voz fue opaca como un suspiro. En sus ojos ahogados brilló una lucecilla de inquietud.

—Creo que a usted la vida le ha negado algo—siguió diciendo el médico—. Quizás el amor de una mujer...

El payaso se estremeció. Acababan de poner el dedo en la llaga y escocía dolorosamente.

Hizo una mueca tan triste, un gesto de tal abatimiento, que el médico sonrió.

Había adivinado el mal de aquel hombre. Un amor, acaso no correspondido, sin esperanza...

—No se preocupe más... Cuando consiga lo que quiere... se curará.

—¡Nunca!

—No pierda un minuto... conquístela.

—Es que usted no comprende, doctor... Yo no se lo puedo decir porque...

De pronto se echó a llorar dolorosamente como un chicuelo, con los ojos cerrados, pareciéndole ver su alma rebotante de una ternura que no tendría nunca correspondencia.

—¡Pobre amigo mío! ¡Cálmese usted! No olvide que nadie tiene derecho a entregarse a la desesperación.

El payaso, el hombre que no tenía derecho a llorar nunca, porque sus lágrimas hubieran significado ante el público nuevo motivo de risa, secó sus ojos y pareció reaccionar de su pasajero abatimiento.

Paseó al lado del doctor por la estancia hasta dirigirse ambos al gran balcón que daba a una plaza y donde estaba, impasible, el conde Luigi Ravelli.

—Cuando me dan esos ataques

que me hacen llorar... tengo miedo de perder la razón—musitó.

—Amigo, debe usted encontrar algo que le distraiga... que le haga reír.

—¡Imposible!

—¡Vea usted! ¡Allí está el que puede hacerle reír!

El conde les escuchaba en silencio.

Señaló el médico un cartel pegado a una pared donde estaba retratado un payaso y un nombre bajo el decía: *Flik*.

—¡Ese es el hombre que está haciendo reír a toda Roma! ¡Es un tónico para todo el que está cansado!

El payaso contempló con tristeza aquel anuncio y una nueva y honda lividez cubrió sus mejillas.

—A usted también le hará reír—siguió diciendo Nittin.

—*Flik* no puede nunca hacerme reír a mí.

—¿Por qué motivo? ¿No hace reír a todo el mundo?

—Porque... yo soy *Flik*.

—¿Usted?

El médico y Luigi le contemplaron con extraña emoción, parecien-

doles absurdo que aquel pobre hombre abatido, envejecido, cansado, fuera el mismo payaso que todas las noches desgranaba el manantial de su risa y lo repartía con amplia generosidad entre los espectadores.

Aquel anciano, aquel ser triste y dolorido, ¿era el de las piruetas mágicas, el de la graciosa inquietud en la escena?

El doctor movió la cabeza con un gesto de duda. Estaba asombrado. Por nada del mundo hubiera jurado que aquel cliente fuese el triunfante payaso rey de la alegría.

Oyó una voz en el despacho y abandonó el balcón.

Los dos enfermos quedaron contemplando el anuncio que simbolizaba la alegría y cuyo protagonista era precisamente un reflejo de melancolía, de dolor...

El conde Luigi que había cesado en su imprudente risa, miraba ahora con conmiseración a ese otro ser doliente y afligido.

—No me reía de usted cuando entró...—dijo—. La risa es mi en-

fermedad. Soy un pobre nervioso...

El payaso no era vengativo. Como estaba enfermo, comprendía y justificaba las dolencias de los otros humanos.

—Eso quiere decir que usted no puede dominar su risa, así como yo no puedo dominar mis lágrimas... ¿No es cierto?

—Eso mismo... Y se me ocurre una solución... Creo que usted puede ayudarme—dijo Luigi con gran alegría.

—Yo también creo que usted puede ayudarme a mí.

—¿Verdad! Puesto que nuestras enfermedades contrastan tan singularmente, ¿quiere usted que probemos a curarnos el uno al otro?... Viéndole a usted, yo no me atreveré a reír y dominaré esos inoportunos ataques, y a mi lado usted se sentirá menos triste y sus lágrimas no aparecerán...

El payaso sonrió levemente... Su dolor era muy íntimo, muy personal, no habría ciencia humana que pudiera curarlo, pero, sus consecuencias, su abatimiento tal vez pudiera ser contrarrestado...

¿Por qué no probar con la compañía de aquel hombre? Con su risa, con su temperamento alegre, le haría olvidar... Olvidar, que es el secreto de la vida, como cantaba el poeta...

—¡Acepto!... Desde ahora soy su amigo.

—Y yo, el conde Luigi Ravelli, me hurro en estrecharle la mano...

Entretanto el doctor hablaba con Simonetta que había ido al consultorio a buscar a Tito y a enterarse de su verdadero estado.

Le tenía preocupada su padre adoptivo con aquellas extrañas dolencias... Le veía desmejorado cada día más... Sabía que no podía conciliar el sueño.

—¿Cómo le encuentra, doctor? Me tiene tan alarmada...

—No se preocupe; podemos ayudarle bastante; por lo menos usted puede ayudarle mucho.

—Pero, ¿cómo?

—Hágalo salir más, pasee con él, hable con él, ría con él... Sea su ángel tutelar.

Y el famoso médico contemplaba dulcemente a esta criatura paraciéndole adivinar que ella tenía

gran parte de culpa en el estado del enfermo. ¿No sería que el payaso se hubiese enamorado de ella?

Nada quiso indicar de esos sentimientos con el temor de herir las susceptibilidades de la muchacha, pero sus sospechas se confirmaron al ver que entraba Tito y envolvía a Simonetta en una de esas miradas que parecen hablar, que parecen suspirar y reproducir la honda imagen de la pasión.

El payaso avanzó hacia su protegida, moviendo la cabeza como si quisiera aventar ideas inoportunas.

—He encontrado un nuevo amigo, Simonetta. Un enfermo que tiene suerte de reírse siempre y que estoy seguro de que me curará a mí...

—¿Un amigo?

El conde Luigi Ravelli apareció en el umbral del balcón y fué adelantando con graciosa sonrisa hacia la joven.

Se detuvo a unos pasos de ella con la más agradable sorpresa pintada en los ojos.

También Simonetta le reconoció

y sus facciones se iluminaron con los relámpagos del recuerdo.

¡Él!

¡Ella!

En aquel instante, el conde evocó la entrevista de tres años atrás, la aparición efímera como una estrella de la noche, de la adorable mujer que cual una rosa perfumó su jardín... Y de nuevo, por misteriosa casualidad aquella criatura estaba ante él más hermosa que nunca.

Simonetta se volvió pálida. El pasado abrió una ventana en su imaginación. Aquel muchacho había dejado desde la primera vez en su alma, una inquietud suave, deliciosa, mezclada con un poco de miedo...

Tito, ignorante de que ya se conociesen, les presentó.

—El conde Luigi Ravelli. Mi hija adoptiva, Simonetta.

Ambos jóvenes por tácito acuerdo ocultaron que ya se habían visto otra vez. Se estrecharon las manos con efusión, mirándose con suavidad, complacidos del encuentro.

Ella estaba pálida. Tenía miedo

de que la delatara esa lividez, esa turbación de su ser. Pero Luigi sabía en aquel caso disimular mejor y dijo a Simonetta con un tono casi indiferente:

—Su padre adoptivo y yo nos hallamos enfermos. El está dado al llanto, yo a la risa. Vamos a unirnos en estrecha amistad para buscar una curación. ¿Querrá usted ayudarnos?

—¡Ya lo creo!

—Desde ahora será nuestro compañero, nuestro amigo. Nos conviene a los dos—exclamó el payaso.

Una intensa alegría se había apoderado de la chiquilla. La idea de que el conde iba a ser amigo de Tito, y de que lo tendría a su lado y lo vería con frecuencia, le causaba un extraño desfallecimiento interior.

Y volvió a tender generosamente la mano a Luigi.

—¡Ojalá se curen ustedes... ojalá!—murmuró.

—Hay que esperarlo así—intervino el doctor—. Son enfermedades morales que a veces curan de repente.

Fueron a salir.

Simonetta dió el brazo a los dos hombres y apoyada en ellos sintióse fuerte y segura. El uno era el brazo del padre, del hombre de confianza, del ser que había llenado toda su infancia y aconsejaba ahora su juventud. El otro era del hombre joven que tal vez fuese la hermosa figura del amor...

Ya ante la puerta, Tito quiso que Luigi pasara el primero, pero el noble no lo consintió.

—Le envidio a usted su figura, señor conde.

—Yo le envidio a usted su genio, señor payaso...

Simonetta se alegraba viéndoles en tan buena amistad.

Fueron los mejores amigos del mundo. Durante ocho días salieron los tres todas las mañanas, unas veces a pie y otras en coche, admirando las diferentes bellezas que encierra la ciudad de Roma.

Hasta entonces ni Simonetta ni Tito habían tenido ocasión de contemplar tanta riqueza. Entregados absolutamente a su trabajo durante tarde y noche, pasaban las mañanas en descansar sin sentirse interesados por una de las urbes más interesantes del mundo. Pero desde que habían conocido a Luigi, dormían menos y aprovechaban los ratos de libertad para recorrer los monumentos, los palacios, la arquitectura prodigiosa de la Ciudad Eterna.

Visitaron las soberbias Catedra-

les, los Museos y Pinacotecas, las viejas ruinas de la Roma pagana, las Catacumbas, misteriosa ciudad de los muertos oculta en el seno de la tierra y donde tuvieron lugar veinte siglos antes las más tiernas escenas del cristianismo.

Tito parecía distraerse ante la contemplación de las grandes cosas de su patria.

Hombre de corazón de artista, amaba lo bello y así quedaba maravillado contemplando los frescos incomparables del Juicio Final en la Capilla Sixtina y aquella excelsa estatua de Moisés, colosal armazón humano, labrado por Miguel Angel a la que el escultor en un arranque de admiración por su propia obra, golpeó con el cincel exclamando: ¡Habla!

La salud parecía volver lentamente al cuerpo de los dos hombres. La distracción de aquella vida acallaba los tormentos de Tito que ignoraba tenía ya cerca a su propio rival.

Luigi se sentía perfectamente curado. Su mal era la dolencia de tantas gentes que carecen de ideal en la vida y van dando tumbos y traspies sin encontrar el equilibrio interior.

Con la presencia de Simonetta que parecía ser la panacea que le faltaba, habían cesado sus accesos nerviosos y se sentía ya el hombre perfectamente bien y que domina su fuerza.

La figura de Simonetta se iba embelleciendo cada vez más a los ojos de su corazón al adivinar en ella nuevas gracias y virtudes, nuevas y espléndidas bellezas.

Pero yendo siempre con Tito le había sido imposible indicar de una manera libre sus sentimientos.

La mañana en que visitaron las Catacumbas de San Calixto, inmensas galerías que servían de tumba a los primeros cristianos, el conde experimentó una gran emo-

ción al sentir que el brazo de Simonetta se apoyaba en el suyo con un gesto de tierna confianza.

Un fraile con una gran antorcha encendida guiaba a los visitantes a través del intrincado laberinto de las tumbas. Detrás de él iba Tito, y luego, sumidos ya en una suave penumbra, los dos jóvenes, uno muy cerca del otro como si buscaran el mutuo calor de sus cuerpos.

—¡Tengo miedo!—le había murmurado ella al oído mientras su mano pálida y enguantada temblaba sobre su brazo.

—¡Sigase apoyando en mí! No tema nada!

Y siguieron visitando el laberinto de la muerte, unidos del brazo como una pareja de novios.

Tito iba preocupado, escuchando las explicaciones del fraile que con la monotonía de la costumbre explicaba las inscripciones grabadas en las piedras, fechientes documentos de la fe antigua y perseguida.

Cuando volvieron a la luz exterior, Simonetta se apartó rápidamente de su amigo como si tuviera

miedo de que el payaso les sorprendiera en su íntima actitud.

Pero Tito no parecía sospechar nada. Jovial como nunca habló luego, al subir al coche, con el conde y de pasada se comunicaron sus impresiones sobre su respectiva salud, alegrándose por los adelantos que notaban en ella.

Al regresar a Roma pasaron por los barrios populares, y algunos chiquillos reconocieron en Tito al payaso que representaba todas las noches en el circo.

—¡Es Flik!... ¡Es Flik!

Y pretendían encaramarse al coche para tocar la mano del hombre que tenía el secreto de la risa.

La evocación de su nombre de payaso volvió a poner de repentino mal humor a Tito.

El abismo que existía entre su vida de farsa y su existencia real hicieron plegar sus labios con amargura.

¡Ah, essi sintió de repente ganas de llorar!... ¿Era posible que estuviese curado como había creído? ¿Podía tener su dolencia moral, del alma, otro eficaz remedio que no fuera el único e imposible?

Miró de reojo a Simonetta que estaba encantadora y bellísima con su vestido azul y su pequeño sombrero blanco.

Al otro lado estaba el conde. Este sí que se hallaba mejor, pensó el payaso. Mas ni por asomo creyó posible que la malla de la pasión fuera envolviendo en su red a los dos jóvenes...

De pronto se detuvieron cerca de un café en cuya terraza había un numeroso grupo de gente que gesticulaba con el alboroto propio de la raza meridional.

Unos "carabinieri" resaltaban con sus uniformes entre la multitud y arrastraban a un hombre que intentaba defenderse.

Tito se puso en pie y desde la altura del coche pudo contemplar al que detenían.

—Están arrestando a un mendigo—le dijo Simonetta.

—Creo reconocerle...

Bajó del coche, seguido de Simonetta. El conde quedó aún en el vehículo.

Se detuvieron un momento cerca del grupo como si vacilasen antes de intervenir.



...descubrió a Staudella realizando ejercicios en la maroma.



— Descrierea cântărilor ei poluato.



—¿Qué pasa, Lucrecia?



... sems predoza... desconvocida...



—Tengo una tristeza incurable.



— ¿quiere usted que probemos a casarnos el uno al otro? —



Se detestaban un momento cerca del grupo...



- (Buit verdundeset)

Pero Tito lanzó un fuerte suspiro y abriéndose paso a codazos, llegó hasta los guardias y abrazó al mendigo.

—¡Simón!... ¡Simón!...

El antiguo camarada de circo contempló a aquel hombre que le llamaba con profunda extrañeza y de repente se echó a llorar y le abrazó estrechamente.

—¡Oh, Tito, amigo mío!

—¡Eh, caballero! — protestó uno de los "carabinieri"—. Ese hombre implora por los cafés la caridad pública y va a ser internado en un asilo. Tenga la bondad de dejarle.

—Ese hombre es un viejo amigo mío—protestó Tito con energía—. Es un artista y yo respondo de él. No volverá a pedir limosna.

—¡Bien por Flik, bien por el payaso!—dijeron algunos espectadores.

Y un movimiento de simpatía, de consideración, rodeó rápidamente al otro mendigo que con los ojos bajos tenía que resistir para no derramar lágrimas.

—¡Que le dejen libre! ¡Flik responde por él!

Los policías accedieron... Si aquel señor respondía de él... Y se alejaron no queriéndose poner enfrente a la voz popular, al desco unánime de la muchedumbre.

—¡Pobre Simón, sube al coche! ¡Sube!

Le arrastró casi materialmente al carruaje y ya allí le presentó al conde Luigi. Simonetta le estrechó cariñosamente la mano, y de no haberse hallado en la vía pública hubiera besado a aquel otro papá que un día les dejó, sin conocer ella la causa.

Tan emocionado estaba Simón que apenas acertaba a pronunciar más que palabras sueltas.

—¡Gracias... Tito... Simonetta!... Ya no pensaba veros jamás...

—¡Y en qué estado te encontramos, pobre amigo!...

—Muriéndome de hambre... esa es la verdad... Si no os llego a encontrar, me hubieran metido ahora para siempre en un asilo.

—¡Bendito sea nuestro encuentro!—decía Tito—. Y mira, vamos antes que nada a comer. Luego veremos lo que se hace.

Se dirigieron a una modesta taberna. El conde quiso acompañarles, no desdendiando frecuentar aquel lugar humilde.

—El conde es muy buen amigo—explicó Tito—. Estaba enfermo... como yo... Porque yo he estado muy enfermo, Simón... mucho.

—Trabajas demasiado.

—¡Quizás sea eso!... Pero, ves, me encuentro ya mejor... y el conde está mejorando igualmente... Sólo hay que ver su cara radiante de satisfacción.

Sonrió Luigi y a hurtadillas contempló a Simonetta, la verdadera causa de su nueva fortaleza, de la savia noble, intensa y fuerte que sentía correr por su sistema vital.

Simón comió de modo espléndido, incansable, sin disimular esta necesidad material de hambre loca. ¡Había pasado tanto tiempo alimentándose de las sobras de los cuarteles o comiendo en lugares infectos que envenenaban el organismo!

—Debes contarme tu vida... todo lo que has hecho. ¡Ah, pica-

rón! Haberte marchado de nuestro lado. ¿Por qué hiciste eso?

Y Tito sonrió mirando de reojo a Simonetta.

Simón bajó la cabeza, avergonzado. Luego miró a su amigo con intensa gratitud. Tito no había querido decir nunca a Simonetta la causa de aquella fuga. La pobre muchacha hubiera sufrido dolorosamente al verse tratada por Simón de tan cruel modo, al saber que se marchaba Simón porque no quería que ella trabajase en el circo.

¿Qué bueno era su amigo!

—La ambición, la maldita ambición!—exclamó—. Pero bien me pesa... ¡y qué cara la he pagado!

—Fuiste un necio... Nosotros, en cambio, nos hemos encumbrado mucho. Simonetta y yo somos dos grandes, dos verdaderos artistas. Tú hubieras podido ser el tercero y no habrías sufrido tanto.

—No tardé mucho en darme cuenta de que no podía hacer nada sin tí, Tito. ¡Lo que yo he sufrido!... Las veces que he maldicho mi determinación, mi locura

al abandonarlos... Entonces he sabido lo que vale un buen amigo... lo que valías tú...

—¡Simón!...

El pobre hombre se sentía profundamente emocionado. Por suerte había comido ya de modo abundante; de lo contrario la emoción hubiera sido en perjuicio de su estómago.

Evocaba su melancólica existencia a través de los caminos errantes, yendo a pie, sin el atractivo del carro de feria.

Este carro lleno de color, de dibujos, de adornos caprichosos proseguía contando Simón, la clave del éxito... Eso y el bombo. El bombo despertaba la alegría, era el anuncio de una cosa nueva y extraordinaria, parecía llamar como la voz de un gigante bonachón que mostraría desconocidas maravillas.

Nada de esto poseía él. El acordeón es quejumbroso, es triste. Parece que se rebela contra la alegría, como si fuera un instrumento para evocaciones dolorosas, el instrumento preferido de los con-

denados en las largas épocas de prisión.

¡Cuántas humillaciones había conocido Simón en su camino! ¡Cuántas puertas cerradas a su paso, y burlas y risas groseras lanzadas por jóvenes que se reían de su vejez y de su traje roto y mugriento!

—¡Lo que he sufrido!

Durante algunos meses padeció casi hambre. Nadie daba un céntimo por escucharle. Y él iba recorriendo la tierra, sintiendo que sus piernas le pesaba cada vez más como si se negasen a continuar el camino y buscaran la inmovilidad del reposo.

Creyó haber mejorado de situación al encontrarse a otro artista que como él vivía la existencia dolorosa de la bohemia pobre.

Era un hombre de unos cuarenta años, llamado José, un siciliano ardiente, de voz apasionada que cuando cantaba ponía los ojos en blanco y adoptaba actitudes románticas de actor en último acto de tragedia.

Unieron sus respectivas mis-

rias pensando que podían sacar mutuo provecho de su arte.

Simón aprendió a tocar las canciones de la tierra de Sicilia, y, complementados de ese modo, fueron por los caminos, obteniendo ya recaudaciones más estimables.

Aquello era otra cosa. El acordeón acompañaba el canto del siciliano y como todo eran romanzas de amor, las lánguidas y apasionadas doncellas de la tierra se sentían conmovidas por aquellos gritos bravos. No vacilaban en darles algunos céntimos y hasta alguna mujer a quien aquella música parecía haber tocado su cuerda sensible, llegaba a desprenderse de una lira para los ambulantes.

Fueron varios meses de relativo esplendor en que era posible comer todos los días.

Descontados los gastos de la manutención, se repartían el sobrante y algunos meses después, el pobre Simón tenía ya ahorradas algunas liras que llegaban casi al centenar.

Si seguían algunos años de este modo, su fortuna estaba hecha. Adquirieron un carro.

Un día Simón fué a un pueblo a pedir autorización para celebrar un concierto extraordinario en la plaza Mayor. El siciliano le dijo que le esperaba entretanto en las afueras de la aldea.

Cuando regresó a mediodía, tuvo la desagradable sorpresa de ver que el carro había desaparecido.

Desesperado buscó, preguntó a los aldeanos y le dijeron que horas antes, a primera hora de la mañana el carro había desaparecido con José... por la carretera adelante.

¡El miserable! En el carro llevaba Simón todo su dinero y aquel maldito cantante, embustero y falsario, le había despojado de él.

Corrió por los caminos, indagó, pero su esfuerzo fué inútil. Nunca supo nada más de aquel traidor.

Entonces vino rápidamente su desgracia. Haber perdido hasta el acordeón que se llevó el siciliano, dejándole sin el único y relativo medio de ganarse la vida.

Tuvo que realizar grotescas payasadas por los pueblos, pero estaba tan triste que las gentes le

despreciaban sin formar corro a su alrededor. Y así poco a poco, tuvo que descender para convertirse de artista en mendigo y se vió obligado a impetrar la caridad pública. Llevaba algún tiempo viviendo de este modo, sufriendo continuas acometidas del hambre hasta aquella mañana en que había sido detenido por los "carabinieri".

—¡Y he venido a parar en un pobre... en el peor de los desgraciados!...

Le escuchaban en silencio, profundamente conmovidos.

Simonetta le dirigió luego algunas frases de piedad, con la tierna compasión que sentía ella por el payaso que la había tenido en sus brazos. El conde se limitó a mirarle como si no le interesara demasiado su melancólica historia.

Tito acarició con ternura el rostro de su antiguo camarada. Todo estaba olvidado, ¡diablo! No en vano habían vivido juntos casi toda la vida para mantener ahora la separación.

—Sin mí no podías hacer nada

—le dijo—, pero también tú me haces falta, Simón... Quiero que te quedes con nosotros.

—¿Y qué voy a hacer?

—Lo de siempre... Serás un payaso como antes... Mira, formaremos compañía. Vamos a tener un éxito incomparable... Nos llamaremos Flik... y... y... Flok... Esto es: ¡Flik y Flok! ¿Te parece?

—¡Ya lo creo que sí!

—Pues a trabajar y a olvidarnos de todo.

La sobremesa resultó deliciosa; todos formaban planes para el porvenir. El conde Luigi mostróse a última hora muy locuaz y afectuoso. Se iba sintiendo cada vez mejor. Agradecía a Tito y a Simonetta su compañía, puesto que gracias a ellos se había restablecido.

Y al propio tiempo miraba a Simonetta como si fuera ésta la que hubiese operado el milagro, calmado sus nervios con el temple nuevo y sereno del amor.

Ella bajó los ojos, dulcemente aturdida, sintiendo en el alma la emoción cada vez más fuerte y do-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

minadora de aquel cariño que se esforzaba en ocultar... y no podía.

Se levantaron y marcharon todos al teatro para contratar a Simón.

El director no puso inconveniente alguno...

Y días después nuevos anuncios invadían Roma con destellos luminosos.

Flik y Flok, Reyes de la Risa.



Fué una temporada de éxitos, una sucesión repetida de ovaciones que todas las noches coronaban su actuación.

Tito se hallaba ya acostumbrado al entusiasmo popular y no hacía mella en su corazón que seguía sombrío, incurable en el brutal torrente en que se bañaba.

Para Simón aquellos triunfos tenían sabor y dulzura de cosa nueva, no gustada durante mucho tiempo... y le parecía haberse quitado veinte años de encima.

¿Qué hermoso era vivir! Había conocido la miseria y el desecho de la muerte, pero ahora sentía el anhelo de prolongar su existencia hasta un más allá siempre invisible...

Simonetta constituía también la

gran atracción de moda, la estrella dorada que bañaba con su fulgor toda la ciudad.

Bailaba perfectamente, con dominio insuperable de artista que siente correr por sus venas la lava de la inspiración.

El conde Luigi continuaba siendo el contertulio inseparable, el amigo de todos que sabía abrirse las puertas de la confianza con una admirable corrección y una charla democrática.

No había manifestado claramente a Simonetta el amor que experimentaba por ella, pero... ¿qué importaban las palabras si el amor estaba en los ojos, en el gesto, en la expresión, en el interés, en la compañía, en la admiración por su arte?

¿Para qué las palabras de amor si ya todo les unía?

Pero este secreto había sido adivinado ligeramente por Simón sin comentarlo, mas pareciéndole que la constante amistad del conde no tenía por norma la curación de Tito, sino algo más interesante y poético... Allí había dos jóvenes... y es tan travieso el amor...

Pero con su eterna prevención a las mujeres que a pesar de toda su voluntad no había podido arrancar de sí, aunque reconociendo que Simonetta era un verdadero ángel, guardó silencio ante sus sospechas y nada dijo a Tito cuyo estado de alma también parecía comprender.

Y sin embargo, Tito, con la ceguera de algunos enamorados, no podía creer en que el amor estuviera ya junto a él para arrebatarse su presa.

Sentía verdadera amistad por Luigi; y como éste procuraba mantenerse siempre dentro de los límites de una corrección perfectamente lógica, el pobre payaso no había adivinado que Simonetta tenía ya un dueño, que en su alma reinaba un amo y señor que se había

apoderado de todos sus latidos y todos sus pensamientos.

Una tarde, el conde Luigi les invitó a cenar en su preciosa finca de Roma.

Comida de gala a la que fueron vestidos de frac.

La charla fué amena y agradable.

Tito observaba que iba distrayéndose más y más con la compañía del conde.

Este levantó la copa y brindó: —¡A la salud de Flik... de Flok... y de Simonetta!

Tito contestó: —¡A la de mi querido amigo Luigi que nos trajo la buena suerte!

—A vuestro arte lo debéis todo —dijo el conde—. Pronto seréis muy ricos... y entonces os retiréis de la escena.

—¡No... no! —protestó Tito—. Aunque fuéramos millonarios seguiríamos nuestra labor. Es nuestra vida... la llevamos en la masa de la sangre esa pasión por la escena.

Con admirables disquisiciones

fué pasando el tiempo hasta que sonaron las diez.

—Vámonos, Tito... tenemos el tiempo justo—dijo Simón.

—Esperen aún.

—No es posible—dijo Tito con la mejor de las sonrisas—. Quedaos vosotros dos... pero que Simonetta llegue a tiempo para la representación.

Marcharon los clowns, dejando solos y mirándose con cierto temor a los dos jóvenes.

—Simonetta—exclamó el conde con profunda emoción—, ¿te das cuenta de que ésta es la primera vez que estamos solos?

—Sí...

—Desde aquel día... desde aquel día tan lejano. ¡Oh, Simonetta! Creo que ha llegado el momento de hablarte... de decirte tiernamente que no te he podido olvidar nunca... Y tú, Simonetta, ¿me has recordado alguna vez durante esos años?

La jovencita temblaba... Era verdad... El recuerdo de aquel hombre había flotado en su imaginación alguna que otra vez... Pero desde que era amigo de Tito, la

simpatía se había convertido en otro sentimiento más fuerte, en el dulce amor que mantiene el fuego inmortal de la vida.

—¿Podré esperar, Simonetta? ¿Me quieres?

Ella bajó los ojos...

Un ardiente beso en los labios la hizo desfallecer.

—Simonetta... dime que me amas...

—¡Sí, Luigi, sí!

Y se abrazó a él y permanecieron un momento unidos en el éxtasis de su triunfante amor.

De pronto, Simonetta se apartó unos pasos y se echó a llorar.

—¡No, no es posible nuestra dicha!

—¿Por qué dices eso? Nada se opone a nuestra felicidad.

—Tendría que separarme de Tito... y no lo quiero.

—¡Tontina! Viviríamos con él... Si todas las dificultades son como esa...

—Él me ama demasiado, lo comprendo... Es un cariño exclusivo para él... y sé que sufriría...

La bella joven, de modo inocente pero claro estaba descubriendo

el corazón de Tito. No sabía que éste la amaba con fuerza de hombre, pero ya se había fijado que su amor paternal era egoísta, dominador, tan fuerte que no resistiría que mediasen otros cariños.

Además... ella... había sido recogida por el payaso... todo lo debía a ese hombre... ¿y le iba a quitar el puesto principal de su corazón?

No... era mejor sacrificarse... acallar aquel amor imposible... vivir como hasta aquí.

El conde no admitía renunciaciones. Era fuerte y valeroso, y el amor que convierte a los tímidos en héroes le daba a él una fuerza extraordinaria para afrontar los peligros.

Ya convencerían a Tito... pero ¿renunciar? ¡Jamás!

Y Tito, impuesto de los límites de su verdadero cariño paternal, acabaría por acceder.

¡Ah, viejo egoísta! Bien se demostraba que no había sido padre de verdad.

Desconocía las leyes de la naturaleza. En otro caso hubiera sabido que los hijos abandonan a los

padres y éstos les ven partir sin amargura porque no hacen más que repetir lo que ellos hicieron con sus abuelos.

La vida es renovación... Sin ese cambio de amor se extinguiría el mundo.

Simonetta no quiso prometer nada... y marchó al teatro en automóvil. Era muy tarde, no podía esperar más. No quiso que Luigi la acompañara.

Pero el conde no estaba decidido ni mucho menos a perder aquel cariño, todo lo contrario. Era preciso luchar contra las dificultades y lograr el amor de Simonetta.

Simonetta corrió a arreglarse en su tocador y vistió su traje de baile mientras sus ojos no cesaban de llorar.

¡Cuán dolorida se sentía! Amaneció como amaba al conde Luigi, tenía el doloroso presentimiento de que esta pasión iba a sembrar de amargura su camino.

¿Qué diría Tito cuando se enterase?

Apareció Tito vestido de payaso y al ver a Simonetta enjugarse rápidamente una lágrima corrió a

su lado y le dijo con profunda inquietud:

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—¡Oh... nada... nada!...

—Simonetta... es que estás un poco cansada, ¿verdad?

—Sí... eso es...

Pasóse la borla de polvos por la cara, quitando las últimas huellas de las lágrimas importunas.

—Pues... mira... después de la función... podemos irnos a pasear al Parque Nacional... donde podemos estar solos... los dos...

—Bueno...

El semblante del payaso se animaba. Parecía que las lágrimas vertidas por su enamorada, le hacían más audaz como si quisiese confesar de una vez el gran secreto que llenaba todos los instantes de su vida.

—Los dos solos, Simonetta— dijo con delicada voz, como la de un enamorado que hablara a la mujer de su alma.

—¿Ni... siquiera... Luigi?— murmuró ella dejando escapar inconscientemente su secreto y su interés.

Los ojos del clown brillaron con

luz de asombro. Pareció que dentro de su cerebro volteaba una rueda de luz cegadora. Le pareció entrever algo terrible...

Ocultando la honda y desgarradora conmoción que acababa de recibir, agregó:

—¡Ni él siquiera!... En el Parque Nacional... tú... y yo solos...

Simonetta no respondió, como si la ausencia de Luigi la entenebreciera.

Tito seguía mirándola con profundo dolor. Sospechó algo, pero todavía no acertó a comprender si era cierta aquella circunstancia inesperada.

¿Por qué había citado ella a Luigi? ¿Es que acaso?... ¡Oh, no... no... podría creerlo! ¡Eso nunca... nunca!... Simonetta era suya... en alma... pero suya.

Sintió deseos de llorar, pero se contuvo con doloroso esfuerzo. No quiso preguntar nada más sobre Luigi y exclamó:

—Iremos solos los dos... y cuando estemos allí... te voy a preguntar algo...

Estaba decidido a confesarle de una vez en la suavidad de un jar-

din el tormento cruel que le aniquilaba... ¡Y ahora que ella había nombrado a Luigi!

—¿Por qué estás triste, Tito? —preguntó la joven.

—¿Triste? ¡Si estoy muy alegre! ¡Mirame como río!... ¡Si estoy más contento! ¡Oh, Simonetta... qué... feliz... qué feliz... soy ahora!...

Y la expresión de su rostro lo mismo podía ser de inmensa alegría que de una pena mortal.

—¡Cálmate, Tito... me das miedo!

—Es verdad, Simonetta... Perdóname... Luego... luego... te vendré a buscar después de la representación. ¡Qué larga me va a resultar hoy!

Y depositó en la mano de Simonetta un delicado y suave beso.

—Tito—dijo ella, sorprendida y sin adivinar lo que ocurría en el alma del payaso—, esta es la primera vez que me besas desde hace mucho tiempo.

—Es que hoy estoy tan alegre... tanto...

Salió riendo a tiempo que en-

traba Cisciata, la doncella del circo.

La muchachita quedó con el rostro sombrío, preguntándose a qué podía obedecer la extraña nerviosidad de Tito.

¡Ah! Al mentar ella a Luigi... los ojos del payaso habían relampagueado con desagradable fulgor...

¿No iba a ocurrir, pues, lo que ella siempre había sospechado, o sea que el amor paternal era tan intenso que odiaría todos los demás amores que pudieran venir por ley de naturaleza?

Lanzó un hondo suspiro mientras la doncella le decía:

—Mira lo que acaban de darme para ti... He visto al conde Luigi entrar en un palco... Me ha llamado y me ha encargado que te diese eso en tus propias manos.

—¿Luigi?

La joven abrió nerviosamente un paquete. En él había un hermoso y magnífico collar de perlas, una verdadera fortuna...

Leyó la tarjeta donde campeaba el nombre de Luigi bajo la corona condal.

Todo su corazón se estremeció de gozo y de temor. Y de pronto, dejando el collar sobre la mesa, se echó tristemente a llorar.

—¡No... no!—sollozó.

—¿Por qué no?—le dijo Giacinta—. No seas loca... pequeña... El conde es muy rico.

—No puedo aceptar esas perlas...

—Pues naciste para tenerlas.

—Es que... tú no sabes, Giacinta... Yo no me puedo separar de Tito... Me quiere demasiado.

—¡Qué tonta eres! ¿Vas a sacrificarte por un clown? Él estará contento al verte feliz.

—¡Nunca podré dejar a Tito... nunca!

—Peor para ti.

La puerta del camarín estaba abierta.

Se oían desde allí las voces y los chistes de los dos payasos que en escena provocaban la general hilaridad.

Tito vió a Simonetta en el cuarto y sonrió dulcemente... Ella le echó un beso con la punta de sus dedos.

Minutos después los dos clowns

en uno de sus interregnos, entraron a ver a Simonetta.

Ella se esforzó en aparecer sonriente, aunque en el fondo de su alma andaba la preocupación.

Y Tito comenzó a saltar y a reír como si, comprendiendo que Simonetta estaba triste, quisiera arrancarle de esa melancolía con todos los recursos de su arte.

—No quiero que vuelvas a llorar... No lo quiero, ¿eh?... Has de ser muy alegre... porque has de ser muy feliz...

—Sí ya lo soy.

—Más... todavía más...

Y el pobre Tito comenzó a hacer piruetas ante la joven y acercándose a ella le decía como a una niñita a la que es preciso hacer reír:

—¡Cu... cu!... ¡Cu... cu!...

Luego saltó por la habitación moviendo las manos como alas y exclamando:

—¿Te gusta? Ahora he hecho la golondrina.

—¡Ya lo creo!

Luego se agachó por el suelo, caminando a cuatro patas.

—¡Ahora un mono!

Se detuvo, irguiéndose con rapidez.

—¡Ahora un gigante! ¡Je, je, je! Ya se ríe mi niña, mi pequeña...

Simonetta había acabado por sonreír. Más que por deseos de risa, para corresponder al tierno cariño de aquel hombre...

Veía Simón actuar a su camarada, deshacerse y poner toda su alma en aquellos movimientos y comprendía los motivos crueles por que Tito realizaba aquel esfuerzo.

Miró tristemente a Simonetta.

Entró un "groom" anunciando a la joven que debía presentarse a escena. Simonetta luego de contemplarse por última vez al espejo y de sonreír a Tito que la miraba embelesado, salió del camerín.

Hubo un instante de silencio. Repentinamente Tito cesó de sonreír, contrayendo el rostro con melancolía.

Simón le envolvió en una mirada muy honda en que se agazapaba la ternura y el reproche.

—Tito—le dijo—, ¿quieres que te descubra tu secreto?

—¿Yo un secreto?

Tito le contempló con ojos de horror comprendiendo que su amigo había leído en su alma.

—Sí... tu secreto... que en vano pretendes ocultar con otra clase de sentimiento muy distinto.

—No entiendo...

—Te lo diré... ¡Eres un enamorado!

—¡Simón!

Sus ojos pintados y su cara de clown se iluminaron.

—No me lo niegues. Leo en tu alma como si fuera en la mía... Estás enamorado de Simonetta... Siempre lo sospeché... ya de antiguo... y ahora, aunque quieras no puedes ocultarlo.

—¡Oh, Simón!

Se dejó caer horrorizado junto al tocador, ocultando el rostro con las manos, presa de un desaliento infinito.

—¡Desdichado! —le dijo su compañero—. ¡Confésame, ábreme tu corazón!...

—Pues bien... que no me oiga nadie... déjame decírtelo al oído...

así... porque tú eres mi mejor amigo... Simón... pero la quiero.

—Dios santo, ¿qué has hecho? Ese amor sólo puede traerte infortunios.

—¿Por qué? Yo voy a decirse-lo todo a Simonetta... que comprenda lo que sufro... que me oiga... que me aliente esa pasión desesperada, o me quite toda esperanza de una vez... Pero seguir así... no puedo, Simón; me moriría...

Y su pobre rostro enyesado de payaso, tenía una mueca grotesca que hacía risible su dolor.

Simón acarició las largas barbas postizas que llevaba para su representación de aquella noche y de pronto alargó la mano hacia el tocador y cogió un collar, el hilo de gruesas perlas que el conde había regalado a Simonetta.

—¿Qué es eso?—exclamó—. ¿Quién trajo eso aquí?

—¡Un collar! ¡Una joya! Simonetta no ha poseído nunca una alhaja de esta clase—exclamó Tito arrebatándosela y mirándola al trasluz como si quisiera darse cuenta de su valor.

Simón vio la tarjeta del conde y se la mostró a su amigo.

—Ya sabemos quien hizo el regalo. ¡Luigi!

—¡Luigi!... Pero... ¿él?... ¡Oh, qué horror! Debí figurármelo... Me la quita... me la quita...

Apretaba nerviosamente aquellas piedras de morenez delicada, de dulce reflejo.

¿Por qué se las había dado, por qué?

—¡Son verdaderas!—exclamó Simón.

—¡No... no lo son! Esto no vale nada... Habrá sido un regalito insignificante de Luigi... Eso es.

Se daba a sí mismo esperanzas como si quisiera aún conservar la impalpable nube de ilusión que la realidad desvanecía.

—No, pobre amigo... Desengáñate de una vez... Ese collar es legítimo... Y ¿por qué crees que Luigi te ha hecho un regalo así a Simonetta?

—¿Qué insinúa?

Temía que Simón le hablase de modo descarnado haciendo vivas sus sospechas.

—Tito— continuó seriamente Simón—ya es tiempo de que alguien te haga ver la verdad...

—Habla...

—Tú dejaste de llorar... y Luigi de reír... ¡por la misma mujer!

—¡No... no!

—¡Vaya que sí! No creerás que le regala desinteresadamente perlas legítimas...

—Es verdad... Y yo tan ciego... yo he introducido a ese hombre a nuestro lado. ¡Maldición... maldición! Se llevará a Simonetta... se casará con ella... y yo quedaré sufriendo como un condenado.

—¿Casarse?

Una sonrisa melancólica pasó por los ojos de Simón.

—No creas en eso—añadió—. Los aristócratas como Luigi no se casan con mujeres del circo.

—Eh... ¿qué dices?... ¡El su amante! ¡Oh, canalla... te voy a estrangular!

Ofendido por la terrible insinuación apretó como una tenaza el cuello de su camarada y éste hizo un gesto de piedad, de com-

pasión y Tito dejó caer desolado las manos junto a su cuerpo.

—Perdona... perdona... Simón... pero... Dios mío... ¿qué quieres hacerme creer?

Esto era todavía más terrible que lo otro. El conde Luigi no venía siquiera para casarse, deseaba conquistar por medios tentadores como los regalos de joyas a Simonetta, hacerla suya, poseer las gracias de su juventud, de su tentadora belleza, y una vez consumado su placer, abandonarla, tirarla al arroyo como una cosa inútil y vacía.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Y Simonetta que era un ángel de luz, pura y sonrosada, como un amanecer, como aquellas flores que ellos veían abrirse en los campos al beso primero de la aurora!...

¡Ah, malvado, seductor, canalla! Hubiera deseado engañarle el cuello, clavarle las uñas y apretar... apretar... con la voluptuosidad de la venganza.

Entró un empleado rogando a Simón que fuera a escena, pues ya



...si ella lo quises, yo me marcharía para siempre...



—(L's Jan Berrooosel)



—Sí, quiero casar a esta mujer—



—M. Simonetta



...se colocó sobre una pequeña plataforma...



Il teatro, attraverso la scenografia...



—El mundo entre ellos y la sociedad.



«Par quel côté rentre-t-on?»

le tocaba el turno. Minutos después debía hacerlo su camarada.

Simón se alejó lentamente y dijo:

—No pierdas la serenidad, Tito. No llores. Recuerda que has de salir a escena todavía.

—Sí... ya lo sé... Ríe... payaso... ríe—respondió Tito alzando los brazos al cielo en un gesto de desesperación.

Simón marchó con la cabeza abatida, preguntándose qué iba a ocurrir...

* * *

Instantes después, Tito que permanecía abrumado por el dolor, sintió pasos en el camarín.

Irguió su pelada cabeza de clown en cuyo centro se movía un grotesco plumero negro y vio avanzar con su sonrisa de hombre elegante al propio conde Luigi Ravelli.

Instantáneamente se levantó con los ojos feroces y las manos agitadas por un temblor nervioso.

Contestó con un gruñido al saludo del conde y le dijo a boca de jarro, mirándole con feroz desprecio:

—¿Ya te curaste, verdad? ¡Ya no te ríes!

—Sí...

—Claro... hallaste el remedio... Pero... ríe... hombre... ríe... Si estás muy alegre...

—Tito... no comprendo.

Arqueó las cejas, alarmado. ¿Qué significaba aquella actitud del payaso?

—¡Hipócrita!... Ríe... no disimules... Ya sé que estás muy contento por haberme engañado con tu amistad.

—¿Yo? Se equivoca, Tito.

—¿Por qué mientes? ¿No tengo yo las pruebas, farsante?... Mira ese collar... es tu obra... te retrata de pies a cabeza... Como eres rico crees que en el mundo todo se puede adquirir. Pues, ¿todo no!... Puedes tratar de conseguir a otras mujeres con tus regalos de potentado... pero no a Sinaonetta.

Hablaba con exaltada ferocidad. No eran ya únicamente los celos los que avivaban el fuego de su odio al comprender que tenía enfrente a su rival con mayores

posibilidades de éxito que él; era también el sentimiento de honradez, de nobleza que se sublevaba ante la idea de que Luigi quisiese adquirir a Simonetta como una mercancía.

¡Ah, miserable! Creer que Simonetta podía venderse... entregarse a él como una mujer de la calle!

Cristo, ¿qué le contenía para no estrangular a ese aristócrata infame?

Luigi protestaba con energía.

—Está usted en un error...

—¡Farsante! Aquí no puedes comprar nada... Eres un canalla que no vacila en ensuciar en su indignidad a una criatura inocente...

Y sin poderse ya detener cruzó de una tremenda bofetada el rostro del conde.

Instintivamente éste levantó el brazo para contestar a la ofensa inferida... pero se detuvo, limitando su acción a amenazarle.

—¡Después de todo no es usted más que un miserable payaso!—rugió—. ¡No puede ver más que bajezas en todas las acciones!

—¡Un payaso cien veces más digno que tú, muñeco de frac!...

—Es usted un mal hombre... porque... yo... yo... voy con intención honrada. ¿No vió usted mi tarjeta? ¿No ha leído? ¡Tome... tome!

Buscó en el tocador, y viendo la cartulina que estaba junto a las joyas se la entregó y, mostrándosela por el dorso, le dijo señalando un escrito:

—¿No tiene usted ojos para leer? ¿No sabe usted?

Tito que ignoraba estuviera escrito el reverso de la tarjeta, pasó sus ojos por aquellas líneas.

Decían así:

Las perlas que incluyo... fueron las perlas de mi madre... quiero que sean las de mi mujer... Por favor quédate con ellas, Simonetta... Te amo y quiero que seas la condesa de Ravelli.

Luigi

El rostro de Tito se transformó y sin poderlo evitar derramó abundantes lágrimas.

¿Qué nuevo golpe tan terrible!...

El sentimiento de su dignidad ya no se sentía herido, pero en cambio, aumentaban sus celos, viendo más enorme la distancia que le separaba de su rival, al que creía casi triunfante en su objeto.

—¡Perdóneme, perdóneme! ¡Qué locura!... No, no, yo no puedo aspirar al amor... de Simonetta —gimió.

Con aquellas palabras, dichas del fondo de su corazón, con toda la espontaneidad del sufrimiento, el pobre payaso acababa de mostrar el secreto de su alma.

Luigi le miró con espanto, comprendiendo lo que hasta entonces había permanecido cerrado a sus ojos.

¡Tito amaba a Simonetta... con amor de hombre!

Su primer impulso fué de rabia, pero en seguida se compadeció de aquel desdichado que se agitaba entre lágrimas, sufriendo su infortunio.

Adivinó toda la tragedia de aquella vida...

Simonetta no podía sospechar nunca que Tito quisiera dejar de

ser su padre para convertirse en esposo.

—¡Pobre Tito!—exclamó Luigi acariciando una de las manos del desgraciado—. Acaba usted de confesarme la verdad... y yo... con todo el dolor de mi alma... no quiero ponerme frente a un hombre tan digno como usted... Yo no sé lo que Simonetta piensa de usted, pero si ella le quiere, yo me marcharé para siempre, no siendo nunca un obstáculo.

El payaso seguía llorando con su rostro de caricatura.

—¡Usted es un hombre bueno, Luigi! ¡Cuán mal le había juzgado hasta ahora! Pero yo no quiero ser cruel, no puedo jugar con el amor. Soy demasiado viejo para ello... Hable usted primero con Simonetta, conde... Yo esta noche quería hablarle en el Parque y confesarle esa maldita pasión que siento correr por todas mis venas. Pero hágalo usted... dígame que la adora... y si Simonetta la quiere a usted... jamás sabrá ese amor mío desdichado.

—¡Tito... es usted un verdadero caballero!

Le estrechó la mano con efusión admirándole por su sacrificio. Sabía el bien que Simonetta no le amaba más que como a una hija.

Lentamente abandonaron la habitación... Desde el umbral de la puerta contemplaron el cercano escenario donde Simonetta, de pie sobre un carro de acero, realizaba prodigiosas habilidades.

Simón, tocando un instrumento musical, paseaba por la escena, arrancando sonidos grotescos e inarmónicos.

Tito limpióse una lágrima rebelde y dijo al conde:

—¡Es tan hermosa! No siendo

mi hija, he vivido siempre con ella... ¿Comprende ahora?

—¡Pobre, pobre Tito!

Y el payaso que dentro de su envoltorio carnal tenía un corazón sentimental y puro, hizo un gesto de desesperación y lanzóse de cabeza al escenario como el que se tira a un abismo.

El público rió grandemente su entrada y Tito lanzando estruendosas carcajadas comenzó a actuar, a bailar, a moverse como un muñeco de cartón que sirve de juguete a los humanos, como un pobre pelele que fuera absurdo que tuviese alma.

Cuando, terminado su trabajo, Simonetta volvió al camarín, vió que el conde Luigi Ravelli la esperaba.

Se detuvo en medio de la estancia, mirando melancólica a aquel hombre.

—¡Simonetta!

Ella bajó los ojos y se dirigió hacia el mueble tocador. Cogió las perlas y se las devolvió.

—¡Tome... no puedo aceptarlas!

—¿Por qué, Simonetta? Si son símbolo de mi cariño...

—Esas joyas me humillan... Yo no las puedo aceptar de usted... No se hace nunca un regalo así.

—Pero si son las joyas para la que ha de ser mi mujer, para ti a

quien quiero llevar a los altares. ¿Eso te ofende, amor mío?

—¿Su esposa? ¡Oh, yo... no sabía!

—¿Tampoco leiste la tarjeta?

Se la entregó y la linda artista sintió que un estremecimiento de felicidad invadía su ser...

¡Las joyas de la madre... para ella!

—¡Pero, Luigi!—exclamó, desfalleciente.

—Sí... quiero que seas mi mujer... ¿Qué otra cosa iba a soñar en ti, virgen y amada de mi alma?... ¡Simonetta... te quiero con toda mi sangre... y con toda mi vida!

—¿De veras, Luigi?

—Eres mi único anhelo... ¡Dime tú que me quieres!

—¡Sí, Luigi... sí!...

—¡Mi Simonetta!...

Cogió él su linda cabecita y la acercó a sus labios... Su beso fué dulce, suave, leve... como si dos almas se acoplaran en una unión.

Ninguno de ellos se acordaba en aquel instante de Tito. El egoísmo del amor es tan fuerte que encierra a los amantes dentro de un círculo opaco que les impide ver cuanto pasa en el exterior.

Para el amor no hay otra cosa interesante que no sea su cariño. Lo demás, la vida, los otros seres, el sufrimiento, las lágrimas que vierten las gentes, parecen cosas indiferentes y pronto pasan al desván del olvido.

No recordaba Simonetta que había querido sacrificarse por Tito, no quitándole ni un ápice del amor que ella pensaba era paternal. Ni el conde Luigi se acordaba de las promesas que acababa de hacer al payaso...

Ni siquiera Tito existía para ellos... En la embriaguez amorosa sabían borrarlo todo.

Y entretanto con el alma rota y la sonrisa en los labios, Tito hacía

desternillar de risa a los espectadores.

Su compañero Simón le imitaba, admirando al propio tiempo la extraordinaria fuerza de voluntad del doliente.

Después de efectuar diversos ejercicios, Tito, sonriente, saltó a la platea y encaramándose por una escalerilla subió al techo del teatro. Ya allí se colocó sobre una pequeña plataforma e hizo un gracioso saludo a la concurrencia.

Era el último y más interesante número del programa. El que tenía una fuerza dramática de emoción.

Simón desde el escenario anunció a grandes gritos:

—¡Señoras y caballeros! ¡El gran Flik va a bajar por su famoso cable de la muerte! ¡Atención!

El payaso, riendo, se dispuso a lanzarse por el cable. En aquel instante pasó ante su imaginación el recuerdo de Simonetta... pero lo rechazó con fuerza para no distraerse del número fundamental.

Se hizo un silencio imponente, cesaron las músicas. Y de pronto, al redoble del tambor, Tito, colo-

cándose una pequeña rueda metálica sobre el cráneo, deslizóse de cabeza por un cable, con todo el cuerpo al aire y apoyándose únicamente con maravilloso equilibrio en aquella rueda que resbalaba por el alambre.

Un pequeño movimiento, un vértigo, una contracción de todo su cuerpo invertido, bastaban para que saltara del alambre y fuera a estrellarse contra la platea.

Pero Tito realizaba con toda limpieza y seguridad el difícil equilibrio y llegó sano y salvo al escenario.

Correspondió riendo a la lluvia de ovaciones que sobre él caían. Descendió el telón, y Tito, después de saludar al público, corrió hacia el camarín de Simonetta.

La puerta estaba abierta, y de pronto retrocedió asustado, sintiendo que sus fuerzas se extinguían y tuvo que apoyarse en una cortina para no caer al suelo desvanecido.

¡Luigi abrazaba a Simonetta... y la besaba!...

El alma de Tito sufrió un ho-

rrendo dolor ante aquella visión sin esperanza.

¡Todo inútil!... ¡Se amaban!

Oculto en el rincón del pasillo, sin que los enamorados le viesen, el pobre desdichado sufrió un suplicio terrible.

¡Se amaban... ya no había remedio! ¿Y él... él? ¡Ah, hombre sin amor, perdía lo que más adoraba en la tierra!

En sus oídos resonaban las ovaciones del público exigiendo la nueva presencia de Tito para premiarle con sus aplausos por su anterior actuación.

Que aplaudiesen hasta morir ¿qué le importaba? Él estaba muriendo lentamente mientras los dos jóvenes unían sus labios, se acariciaban con los ojos cerrados...

Simón acercóse a su compañero y al ver el gesto de dolor que éste tenía pintado en el semblante, se estremeció también y vio entonces a la juvenil pareja.

Arrastró a Tito por fuerza en dirección al escenario.

—¡Sal... sal! ¡Tú perteneces al público! ¡La gente necesita divertirse!

—¿Pero no has visto?... ¿No ves?

—Sí... pero, ríe, payaso, ríe... aunque tu corazón sangre... ¡Anda, a escena!

Le lanzó casi materialmente a escena, y subido el telón, Tito tuvo que saludar varias veces po-

niendo de nuevo una sonrisa alegre, mientras la muerte le estrujaba el alma hasta casi dejarle sin sentido.

Cuando acabó la función, dejóse caer en tierra... Allí permaneció algún tiempo con el éxtasis del sufrimiento.

...

Aquella jornada fué decisiva para todos. Simonetta confesó a Tito que amaba al conde Luigi y que éste quería casarse honradamente con ella.

El pobre payaso no tuvo valor ni motivo alguno para negarle aquel consentimiento.

Le concedió la autorización entre lágrimas.

—¡Pobre Tito! ¡Cómo sufres! —le decía ella atribuyendo al sentimiento paternal aquella tristeza—. Pero yo no te abandonaré por eso... te seguiré queriendo mucho... mucho... papaito.

—¡Que seas muy feliz!

Luigi y Simonetta iban a casarse pronto... y ambos con la autorización de Tito que no podía negarse ya a nada, fueron a pasar

unos días en casa de la familia de Luigi, antes de efectuar la boda.

Era una quinta situada en los Apeninos... Allí vivían unos tíos del conde, gente sencilla que, a pesar del origen humilde de la muchacha, se mostraron con ella muy cordiales, aprobando la decisión de Luigi.

Vivieron los dos enamorados las divinas horas de novios, ese tiempo más dulce que la propia luna de miel.

Porque todo lo que ha de venir es más hermoso...

Paseaban por los jardines, por los caminos floridos y primaverales, por los bosques que extendían sus innumerables pinos como dosel en su honor.

—¿Eres dichosa, Simonetta?—
le decía él.

—Sí, Luigi... pero lo sería
más... si Tito no estuviera... solo.

El rostro del conde se ensom-
breció. Recordó la pasión de aquel
hombre por Simonetta. ¡Si ésta su-
piera las desventuras de su padre
adoptivo!

Pero Luigi estaba seguro de que
Tito callaría toda su vida aquel
intempestivo amor.

—¡Pobre Tito!—exclamó.

—¿Por qué no está con noso-
tros?... Volvamos a la ciudad...
Deseo verle... que no me tache de
ingrata.

—Iremos dentro de unos días...
para señalar la fecha de nuestro
casamiento.

Y mientras los enamorados se-
guían forjando proyectos, el paya-
so Tito iba sintiéndose cada vez
más solo y abatido.

Ya no ocultaba su tristeza y sus
ojos parecían consumidos como to-
do su cuerpo por una fuerza inte-
rior que se le llevara a paletadas
la vida.

En pocos días su rostro había
adquirido una gran dureza y pare-

cía abocado rápidamente al dolor
de la vejez.

Apenas encontraba consuelo en
su trabajo... Cuando estaba en es-
cena, el recuerdo de Simonetta le
enloquecía, preguntándose qué iba
a ser de él en lo sucesivo, después
que la joven se casara y constitu-
yera un hogar con el conde.

El dolor es menos egoísta que
el amor. Tito fué invitado a una
función benéfica, a actuar una tar-
de en un asilo de niños huérfa-
nos y enfermos, y aceptó compla-
cido.

Experimentó una nueva triste-
za al representar ante los niños,
que reían y aplaudían sin reserva
con la dulce alegría de la infancia,
pronta a la carcajada y al bullicio.

¡Los niños! Al verlos se le agol-
paron las lágrimas a los ojos. ¡Si
pudiera tener un niño... un niño...
así... hijo de Simonetta... y de él!

Pero ¿en qué estaba pensando?
¿Qué locura era aquello? ¡Ah, lo-
co soñador! Simonetta tendría hi-
jos... pero de otro... del hombre
que amaba... de Luigi, que era jo-
ven, agradable, el elegido...

¡Y él se habría de contentar con

un fingido amor paternal... él, el payaso que nunca había conocido el cariño de la mujer!...

Volvió más desalentado que nunca a su casa, pasando la noche en completo insomnio.

A la mañana siguiente Simón entró en su cuarto. Después de contemplarle con amargura, le dijo:

—Tito, tengo una nueva idea para nuestro repertorio. Hay que renovarse... y hacer nuevas cosas.

—¡No, Simón, me parece que no puedo hacer más payasadas! ¡Estoy muy cansado! Cuando haya terminado mi contrato actual, no trabajaré más.

—Así no se habla, viejo payaso. El mundo quiere reírse y te necesita. Como hoy no hay función, ensayaremos en el teatro. ¿Te va bien?

Y le mostró varios prospectos que la empresa había hecho imprimir y en que se anunciaban nuevos números cómicos.

—¡No puedo, Simón!... ¡Soy muy viejo!

—Más viejo soy yo... y he sufrido más... No seas tonto... Vamos a tener un éxito formidable... Te lo garantizo... Créame. No pienses más en lo que no debes pensar.

—Es difícil no pensar.

—Hay que imponerse. Olvida a Simonetta. ¿Ves? Ya dejó de actuar en el teatro. Se va a casar pronto... y la perderemos de vista. Ea, ella vivirá su vida sin preocuparse demasiado de ti... Tú debes hacer una cosa igual. ¡Anda, payaso, querido amigo, un poco de valor!...

Realizó algunas piruetas con ánimo de hacerle reír, pero Tito se mantuvo impassible.

Desalentado, Simón abandonó la estancia.

Ya en la puerta volvió a repetirle:

—¡No faltes al ensayo, Tito!...

Éste no respondió, y al quedar solo murmuró:

—¿Para qué trabajar más... y renovarme?... Si el éxito no viene, ¿qué me importa ya?

...

Lentamente fué sacando de un viejo arcón un sinnúmero de recuerdos que habían pertenecido a Simonetta.

Unos vestidos de la pequeñita, un abanico, los zapatitos que ella llevaba cuando la recogió, la cinta del cabello, aquella muñeca de cartón con la que él había hecho acariciar por primera vez sus lágrimas. Todo eso lo fué poniendo sobre una mesa, contemplándolo con ojos emocionados y acariciándolo cual si con su contacto se llenara su alma de paz.

—¡ Cu... cu! ¡ Cu... cu!—decía riendo e imitando el grito que tantas veces había hecho sonreír a Simonetta.

Luego contempló un pequeño

gorrito de payaso que Tito había hecho para Simonetta en sus primeros años.

¡ Con qué dulzura acarició todas estas prendas!... ¡ Cuánto amor y dolor se mezclaban al mirarlas!...

Tan ensimismado se hallaba en el éxtasis de sus recuerdos que no vió que una mujer avanzaba lentamente por la habitación y se detenía a muy pocos pasos de él.

Emocionada, la muchacha contempló a Tito y vió como éste sonreía y seguía diciendo:

—¡ Cu... cu! ¡ Cu... cu!...

¡ Pobre Tito! ¡ Cuán envejecido estaba! Tal vez ella con su abandono contribuía a su pena.

—¡ Mi pequeña!...—murmuró

el payaso en su delicioso éxtasis.

—¡Tito!—dijo ella con voz suave.

El pobre hombre alzó los ojos y se levantó, asombrado, ante la aparición de la adorada.

—¡Simonetta!

—No pude pasar más tiempo sin verte, Tito.

—¡Oh, querida niña!

Sus manos acariciaron a la joven y miró ruborizado los objetos puestos sobre la mesa como si se avergonzase de sus anteriores transportes místicos.

—Ahora ya no me separaré de ti—dijo ella.

—¿Nunca?

—No... aunque me case pronto. Luigi desea también que vivas con nosotros...

La evocación de aquel nombre volvió a hacer surgir el dolor en el alma del payaso.

—¿Y qué hacías ahora?—preguntó Simonetta.

—Nada... Contemplaba esas cosas... de cuando tú eras niña.

—¡Tito!... ¡Qué bueno eres!... ¡Todo para acordarse de mí!

Sabiendo cómo sufría aquel

hombre ante la idea de que ella amaba con mayor fuerza a otro ser, procuraba llenarle de ternuras.

—Sí... tus cosas... para acordarme de ti...

Y la mano torpe y algo nerviosa del payaso fué acariciando un pañuelo, un abanico, el pequeño gorro de clown...

Mientras sentía la suavidad de todos esos objetos, lloraba silenciosamente.

—¡Tus cosas... tu recuerdo!—murmuró.

Había tanta emoción en sus palabras, tan desgarradora tristeza en aquellas lágrimas que rodaban rostro abajo, que ella le contempló con extrañeza profunda, como si encontrara anormal ese gran dolor.

El amor había despertado en Simonetta el instinto de la comprensión, de la intuición. Leía mejor en las almas ajenas que antes cuando todo era para ella arcanos de misterio.

—¡Tito... estás sufriendo!

—Es que... ¡te quiero tanto!

Simonetta movió con amargura

la cabeza... Ah, ¿por qué había sido tan ciega que hasta ahora, al contemplar la profunda emoción de aquel hombre ante los recuerdos de su infancia, no había adivinado el fondo misterioso de la verdad?

Simonetta comprendía... Ya no le cabía duda sobre aquel cariño que de repente se iluminaba ante ella como un sol cegador.

¡Y había pasado el tiempo y no lo había visto!... Y Simonetta lo había confundido con el amor paterno cuando en realidad era otro género de amor que no osaba manifestarse con palabras pero que hablaba en cada una de las acciones de Tito...

Miró fijamente a Tito, al que había considerado hasta ahora su padre y le dijo lentamente:

—¡Tito... tú me quieres!

—¡Sí... sí!...—respondió él.

—Pero me quieres... como no sabía que me quisieras... así...—continuó con voz suave y dulce, a tiempo que sentía un nudo en su garganta como si fuera a llorar.

—Simonetta... sí... te he queri-

do... como dices, Pero... ¡Perdón... perdón!...

—¡Me quieres!—siguió diciéndola—. ¡Esto es lo que siempre me querías decir y no podías!

—¡Dios, Dios mío! ¿Qué pensarás de mí?... Ese amor que entró en mi alma para mi martirio... ¡No debe ser, Simonetta!... Pero... ¿lloras... lloras? ¡Oh, qué cruel ha sido que hayas adivinado la verdad!

Simonetta había cerrado los ojos, de los que caían dos hilos de lágrimas.

Sufría al comprender el dolor de Tito, y con una abnegación maravillosa, con sublime expresión de gratitud, lamentaba no haber conocido hasta entonces el verdadero alcance de aquel amor.

Aquel hombre tan generoso, aquel caballero, aquel ser que la había recogido de la orilla del río cuando la abandonaron los suyos y que tal vez hubiera allí muerto de hambre, aquel payaso que se había sacrificado por ella durante toda su existencia, había conocido los horribles sufrimientos del amor silencioso e ignorado.

Y Simonetta con noble generosidad de mujer única, de mujer que ahoga el grito rebelde de la pasión para dejar paso al agradecimiento, estaba dispuesta a que Tito no siguiera en su amargura.

Todo lo merecía ese hombre... aun el propio culto de la vida... la fuerza del corazón, la renunciación al amor de Luigi para darle al payaso todos los effluvios de su alma.

¿Qué importaba ella al fin y al cabo? ¿Qué importaba el amor que sentía por el conde si debía sacrificarse en aras de un ideal sagrado hacia el hombre que había suplido a su padre y la había hecho una mujer digna y honrada?

¡Cuánto le costaría ese paso! ¿Qué duda le cabía de que habría de llorar interiormente mucho?

Tito lo merecía todo y ella haría lo posible para convertir el amor de hija en el amor de mujer, de compañera fiel, unida por el lazo matrimonial.

Con los ojos cerrados al contemplar su propia alma, se mostraba orgullosa de ella. Porque haría más, mucho más...

No le diría a Tito que renunciaba a Luigi y se sacrificaba en aras del otro amor. ¡Nada de eso! No invocaría la gratitud ni el agradecimiento ni otros tópicos para disimular la falta del verdadero cariño.

Todo lo contrario. Él se merecía esto y más. Le diría que le amaba, que le adoraba... como amante y que sólo esperaba que Tito se lo hubiese dicho para lanzarse tiernamente a sus brazos.

Eso sí que era verdadero sacrificio; el de la persona que al hacerlo parecía aún recibir una merced, un favor...

Miró tiernamente a Tito y dijo:

—Tú eres el que debes perdonarme, Tito!... ¡Dime que me perdonas... y que quieres que sea tu mujer!

—¡Simonetta... no mientas!... no me hagas todavía más daño!

—Pero si es verdad... ¡Te quiero, Tito!

Sonreía...

Pero Tito movía lentamente la cabeza, no queriendo creer en aquella ilusión.

—¡No me engañes, Simonetta! Yo sé bien que esto no es posible.

—¡Dios mío! ¿Qué haré para que tú puedas creer?

Vió el cuadro de una Virgen y avanzando hacia él y extendiendo la mano, dijo con gran solemnidad:

—¡Virgencita mía, te juro que quiero a Tito!... ¡Le quiero!

Y al propio tiempo lloraba.

—¡Ahora me crees, Tito?

El payaso la contemplaba con ternura, en devoción, pareciéndole que la Virgen del cuadro había desaparecido y tomaba forma corpórea en aquella mujercita.

Y murmuró con una voz suave como si viviera un éxtasis del que era forzoso salir:

—Si todos mis sueños fueran como este... quisiera dormir y no despertar nunca.

—No es sueño, Tito... es realidad... ¡Ahora mismo se lo voy a decir a Luigi!

—¡No... no!...

—Te prometo que le contaré mi amor por ti... Y luego... iremos al Parque Nacional tú... y yo... solos... Y te diré que te

amo... y tú también me dirás lo mismo.

Movió el payaso, titubeando, su cabeza casi blanca. ¡Pobre Simonetta!...

Ella le besó dulcemente la mano y se alejó. Ya ante la puerta, exclamó:

—Se lo voy a decir a Luigi... y luego volveré para siempre.

Al verla desaparecer, el payaso lanzó un hondo suspiro que estremeció todo su cuerpo, y mirando con lágrimas en los ojos el cuadro de la Virgen dijo:

—¡Virgen bendita... perdónala...; pero yo sé que mintió!... Me besó mientras su pensamiento estaba en Luigi...

No podía Simonetta engañarle. Su alma tenía la claridad del espejo, la diaphanidad de la luz... Y veía entre sus ropajes divinos la llama del sacrificio.

¡Deliciosa criatura que por gratitud, para que él no sufriera, estaba pronta a darle su corazón!

Sería criminal que él aceptase el sacrificio...

Simonetta debía casarse con Luigi... Él... no importaba... era

como una piedrecita de la calle a la que se echa lejos con el pie...

Cerró los ojos y de repente tomó una determinación...

—¡Mi sombrero y mi capa!—
gritó a la doncella.

Colocóse esas prendas y descendió la escalera de su casa con actitud alucinante, con la mirada fija y en éxtasis como dominado por una idea fatal que rodase en su imaginación.

...

Llegó lentamente al teatro. Unos chiquillos de corta edad jugaban ante la puerta y contemplaron con interés la presencia de aquel hombre de mirada abatida.

—¡Es Flik!—dijo uno de los niños—. ¡Apuesto a que es Flik!

—No seas tonto... Si Flik es un payaso muy alegre... y ese caballero parece sufrir mucho.

—Todo lo que quieras... pero es él...

Y sigilosamente, los niños, burlando la vigilancia del portero, entraron en la platea y allí permanecieron largo rato.

Indiferente Tito a todos los movimientos del mundo exterior, se había dirigido a su camarín.

Ya allí, de modo maquinal, como un autómatas, como si no se

diese cuenta de lo que hacía, trocó su vestido de calle por el traje colorado de payaso, calzándose al propio tiempo unos enormes zapatos en forma de pie que hacían más grotesca su figura.

Simón entró a verle y le dijo, sorprendido:

—¿Por qué te vistes?... Si es sólo un ensayo lo que vamos a realizar...

—No... me di cuenta... estaba pensando en otra cosa—murmuró.

—Pues vayamos al escenario. Verás qué número tan gracioso.

Se dirigieron allí... Las cortinas estaban echadas, reinaba el profundo silencio de las salas desiertas.

Comenzaron a ensayar un número de golpes y coscorronas. Si-

món pronunció varios oportunos chistes que debían causar por la noche las delicias de la concurrencia.

Pero Tito parecía estar muy lejos de allí, con el alma y el pensamiento muy distantes... muy alejados. . . Casi... casi... como si fueran de otro mundo.

Dejando a su camarada acercóse a un espejo que estaba colocado a uno de los lados del escenario y contempló su rostro embadurnado y triste.

Simón, disgustado, le dijo:

—¿Por qué no te ríes? ¿Por qué no eres Flik?

—¡No puedo!

—¿Y por qué?

—Fíjate en esa cara—dijo acariciando sus flácidas mejillas—. Es inútil cuanto intente hacer... Ya no podré ser más Flik.

—Pues hemos de encontrar a Flik otra vez—le contestó Simón animándole—. Hay que volver a hacer de ti el hombre más alegre del mundo.

—¡No!...

—¡Ríe, payaso, ríe!... ¡Ríe de una vez!...

—¡Reír!...

Su rostro se contrajo en terrible mueca.

—¡Es verdad!... ¿Por qué no ríes? ¿Debo reír!... ¿No sabes?... ¡Simonetta se va a casar conmigo!

—¿Es verdad eso? ¿Te quiere Simonetta?

—Sí... Sí... me lo ha dicho...

Su mirada era fosca, terrible... Todo él parecía vibrar.

—Entonces, deberías ser el hombre más feliz de la tierra.

—¡Ya lo soy!... Flik, el payaso de moda, volverá a cautivar a las multitudes... Pronto... pronto...

Su excitación era tan extraordinaria que Simón tuvo miedo.

¡Santo Dios!... ¿Qué le ocurría a aquel hombre? Tito no estaba en sí... Parecía perturbado.

De pronto, Tito gritó:

—¡Las candilejas! ¡Listos!... ¡Suban el telón! ¡Va a empezar la función.

—Pero, Tito...

—¡El telón! ¡Rápido!

Acobardado, no queriendo contradecirle, Simón le ayudó a subir el telón. ¿Qué era aquella mirada extraviada de su amigo como si

pasara por ella la ráfaga de la locura?

La inmensa platea se extendió ante ellos, completamente vacía...

Los niños estaban en un rincón contemplando con ojos curiosos a los dos payasos.

Se hallaban ocultos en la sombra y no les veían...

Tito, avanzando hacia el lugar de la orquesta, gritó con rara entonación:

—¡Música! ¿Por qué no empezáis?

—¡Tito!—dijo Simón.

—¡Calla!... ¡Oh, ya suena la música... ya están... los primeros compases!... ¡Bravo... bravo!

Su compañero estaba horrorizado. Indudablemente le azotaba el ramo de la locura y aquella mente hasta entonces serena y clara iba a conocer los delirios de la inconsciencia.

—¡Anúnciame, Simón!... ¡Flok, anúnciame!—gritó—. ¡Voy a hacer el paso de la muerte!

Saltó velozmente al escenario y encaramándose por la escalera colocóse en la plataforma junto al techo.

Su compañero le contemplaba con espanto...

—¡Flik... amigo mío! ¿Qué desdicha era aquella?

La tragedia, la muerte de aquel hermoso cerebro, era un hecho consumado.

—Tito, por favor...—gritó con temblorosa voz.

El otro desde arriba le miró con terrible imperio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no me anuncias?

¡Desgraciado loco! Simón tembló por él. Pero miedoso de excitarle más y más, avanzó hacia las candilejas y dijo temblando:

—Señoras y caballeros...

—¡Así... hombre... así!...

—El gran Flik ahora va a bajar... por el cable de la muerte...

Los niños, ocultos, con los cuerpecitos muy juntos contemplaban, sin osar respirar, aquella escena. ¡Oh, qué hermoso era aquello!

Tito, con el rostro endurecido y fantasmal, cogió maquinalmente una ruedecita y se la colocó en la cabeza... Y luego... como hacía todas las noches de función... se des-

lizó por ella, por aquel cable, hacia abajo, entre el abismo...

Horrorizado Simón, le veía bajar... y de pronto...

El cuerpo invertido y sostenido por la cabeza de Tito, vaciló, suspendido, en medio del teatro, y doblándose rápidamente a uno de los lados, vino a estrellarse contra las butacas con un ruido seco, breve pero terrible.

—¡Dios santo... Dios santo!— gritó Simón corriendo hacia su amigo.

Algunos obreros y tramoyistas del teatro al escuchar aquella exclamación se dirigieron a la platea y entre todos recogieron al pobre Tito, que aparecía con la cabeza y el traje manchados de sangre.

—¡Pronto... pronto... un médico!

—Pero... ¿qué ha ocurrido aquí?

—¡Pobre Flik!

Cuidadosamente le llevaron al escenario, dejándole tendido sobre las tablas...

El desgraciado payaso gemía brevemente con un suspiro corto, fatigoso, tal vez los últimos rit-

mos de un corazón que iba a cesar de latir.

Simón procuró levantar a Tito y lo sostuvo entre sus brazos generosos, fraternales, que ahora tenían caricias de desesperado amor.

—Tito... ¿qué has hecho?... ¡Habla!...

El desgraciado giró hacia él sus ojos cansados y dulces... Su boca se abrió en una sonrisa triste.

—Muy bajito... Simón... quiero confesártelo... muy bajito...

—¡Amigo... hermano!...

—Ven... acércate... más... Así... así... ¡Cómo padezco!... ¡Cuánto cuesta morir!

—Tito... ¿por qué?

—He de decirte... que no estoy loco... no... sé lo que he hecho... tengo conciencia de que expresamente me he lanzado... desde allá... Algo superior a mí... Un momento de nerviosidad... algo que debía suceder...

—¡Pobre amigo mío!

—¿Comprendes?... Yo... era un estorbo... ¿Por qué arruinar la juventud de Simonetta... con mis lágrimas?... No hubiera podido ella

ser feliz... viviendo yo... Soy... un... viejo...

—Hermano... porque tú eres mi hermano, Tito—gemía Simón mientras abundantes lágrimas le bañaban el rostro—. ¡Quiero que vivas! Eso no es nada... Vendrá el médico y llegará a tiempo.

—¡No!... ¡Si vieras lo... que... sufro!... Estoy destrozado... No podría valirme nunca más... Y así... es mejor...

—¡Parece mentira, Tito!... ¡Un hombre tan fuerte!...

—Y dile... a... Luigi... que la quiera mucho...

Se estremeció con una tremenda convulsión, pareció como si su cuerpo se resistiese a abandonar la vida e hizo un esfuerzo desesperado.

Después, mirando con ojos ya vidriosos, empañados, de los que se escapaba la lucecilla débil del último suspiro, murmuró:

—¡La... comedia... ha... terminó... na... do!

Un breve bostezo y su cabeza se inclinó...

Cuantos presenciaban la trágica

escena sentíanse profundamente emocionados por el doloroso fin del payaso, del compañero siempre alegre y bueno...

Simón besó aquella frente aun caliente en la que la vida ya no alentaba...

¡Pobre mártir!

Y allá, desde el rincón del teatro, el grupo de chiquillos se había acercado al escenario. Miraban y alargaban sus cuellos con profunda curiosidad. Se contemplaban unos a otros sin decirse nada, como si no osaran turbar el silencio que todo lo envolvía.

De pronto uno de ellos dijo en voz muy bajita, como si se hallase en un templo:

—El que está en el suelo es Flik...

—Se está haciendo el muerto...—contestó una chiquilla de pocos años y de sonrisa burlona.

—¡Qué gracioso!

—¡Qué comedia tan bonita!... Pero... mira... vámonos de aquí antes de que el payaso despierte...

Se alejaron de puntillas, en silencio...

—¡Cuidado... que no despierte!

Y con la ilusión de haber vivido una hermosa escena fueron a la calle, que estaba llena de sol y de

vida, animada y palpitante, y comenzaron a jugar y a cantar sin acordarse del payaso que no despertaría nunca...

* * *

Antes de que Simonetta pudiera hablar a Luigi de su sacrificio le comunicaron el trágico fin del payaso.

Simón le ocultó la verdad y habló de un doloroso accidente.

Pero Simonetta sabía demasiado, comprendía que la desgracia no había sido inesperada... y que Tito había buscado expresamente el olvido en el silencio de la eternidad.

¿Para qué ahora su sacrificio? Ya no tenía objeto y Simonetta nunca quiso decir a Luigi el propósito de renunciación que concibiera.

Y pasada la tragedia un día se

casaron... y la bella Simonetta ciñó a sus sienes una hermosa corona conal...

Pero la dulce muchachita no olvidó ir a llevar todos los meses flores a la tumba del desgraciado payaso, del que sembrando la risa a manos llenas, se olvidó de guardar un átomo para sí... Y fué un caballero del dolor.

Simón continuó actuando de payaso porque este era su sino... reír siempre...

Tampoco dejaba de acordarse del compañero muerto, y todos los días alzaba al cielo el beso de una oración para el triste que vivió sin amor.

F I N



La maravillosa producción

VOLGA, VOLGA

Asunto conmovedor, sublime

Insuperable reparto artístico

Portada a todo color



E
N
P
R
E
P
A
R
A
C
I
Ó
N

EL EMOCIONANTE
ASUNTO RUSO

→ NOSTALGIA

por **Mady Christians**



LA SUPERPRODUCCIÓN

de

Selecciones Capitolio

→ La Sinfonía Patética

por el exboxeador campeón
Georges Carpentier,
Henry Krauss, Olga
Day, Michèle Verly,
Regina Dalthy



¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Ray d'Arcy. — El Gran Destile, por John Gilbert y Renée Adorée. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller. — La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche. — El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — Sin familia, por Leslie Shaw. — Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno. — Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. — Cobra, por Rodolfo Valentino. — El fin de Montecarlo, por Francesca Bertal y Jean Angelo. — Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert. — Zazá, por Gloria Swanson. — ¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni. — El judío errante, por Gabriel Gabrio. — La mujer desnuda, por Louise Langrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — Casanova, por Ivan Mosjoukine. — Hotel Imperial, por Pola Negri. — La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala. — Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore. — Noche Nupcial, por Lily Damita. — El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — Beau Geste, por Ronald Colman. — Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy. — La Mariposa de Oro, por Lily Damita. — Ben-Hur, por Ramón Novarro. — El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich. — La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo. — Tripoli, por Esther Ralston y Charles Farrell. — El Rey de Reyes. La ciudad castigada. — Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino. — Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque. — El Sargento Malacara, por Lon Chaney. — El Capitán Sorrell, por H. B. Warner. — El Jardín del Edén, por Corinne Griffith. — La Princesa mártir, por Lucienne Legrand. — Ramona, por Dolores del Río. — Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Ballarina de la Opera, Ben-Ali y Los Cuatro Diablos

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

GRAN ÉXITO

del Número Almanaque para 1929 de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Profusión de grabados.
Interesantes argumentos
de películas. Bellísimos
cuentos. Entreviú con la
reina de las modistillas.
32 fotografías-bustos de
los más populares astros
cinematográficos

REGALO de un valioso
álbum para coleccionar
las postales de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**
del año 1928

De venta en todos los puestos de librería

¡No se deje V. sorprender por imitaciones**!**

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Berberá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.

EB

Precio: 1'50 ptas.